8

COMEDIA FAMOSA.

VER Y CREER.

DE DON JUAN DE MATOS FRAGOSO.

SEGUNDA PARTE

DE REYNAR DESPUES DE MORIR.

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES.

Don Lope de Acuña.	*Roberto.*	*Beatriz.*	*Constanza, Criada.*
El Rey Don Pedro.	*Doña Blanca.*	*Tristan, Gracioso.*	*Nuño de Almeyda.*
El Condestable.	*Doña Leonor.*	*Ricardo.*	*Brito, Criado.*

JORNADA PRIMERA.

Salen Don Lope, el Rey Don Pedro y el Condestable.

Lop. VUestra Alteza, gran señor,
pues sabe que todo el Reyno
de Portugal le idolatra
como soberano dueño,
dé un buen dia á sus vasallos,
templando el áspero ceño
de su tristeza. *Rey.* Don Lope
de Acuña, desde el suceso
infeliz de Doña Inés
de Castro, cuyos luceros
á otra mejor Monarquía
por estrellas se añadieron,
no quedaron mis sentidos
capaces de admitir cuerdos
alivios; la pena sola
es ya mi divertimiento.
Lop. Pues señor, ya vuestra Alteza
no satisfizo el sediento
noble furor en las vidas
de los que cómplices fueron
en la injusta tiranía
de la Reyna? Ya no dieron
público escarmiento al mundo,
con el mas raro y mas nuevo
artificio de venganza
que intentó el rigor severo?
Cond. Ya no le vengó? *Rey.* No fue,
Condestable, grande exceso
él quitar la vida á quien
me hirió el alma primero.
Lop. El divertir la memoria,
señor, de esos sentimientos
le conviene á vuestra Alteza;
pues esa vida, ese aliento,
tambien es de sus vasallos.
Rey. Don Lope, admito el consejo,
dexemos la pena mia,
y de otra materia hablemos.
Lop. Bien sabe ya vuestra Alteza
como el Príncipe Roberto,
hermano del de Saxonia,
viene de su Patria huyendo,
á valerse de tu amparo.
Rey. Ya lo sé, y que estoy resuelto
en recibirle en mi Corte;
y aunque algunos me dixeron
que fue traidor con su hermano,
y que tirano y soberbio,
con rebelde alevosía
intentó quitarle el Reyno
dándole muerte, yo solo

aquello que he visto creo,
y lo que informan testigos;
que creerse de ligero,
arguye mucha malicia,
ó muy poco entendimiento.

Lop. La entrada que hizo en Lisboa,
y el grande acompañamiento
que tuvo de los Fidalgos,
le acreditó de discreto,
pues cortesano ha sabido
agasajar alhagueño
á muchos con la modestia,
á todos con el ingenio.

Rey. Justo será que le ampare.

Cond. Pues piadoso y Justiciero
á un tiempo os mostrais con todos,
una merced pedir quiero
á vuestra Alteza. *Rey.* Decid.

Cond. De los servicios y hechos
de Don Tello de Meneses,
no quedó mas heredero
que su hija Doña Blanca,
á quien vuestra Alteza en premio
el Condado de Udemira
prometió, no tuvo efecto
esta merced hasta ahora,
y para su casamiento,
por ser mi sobrina Blanca,
que confirmeis el decreto
mi intercesion os suplica.

Rey. Sabed que mejor tercero
tiene en mi memoria Blanca.

Lop. Si sabe mi galanteo *ap.*
el Rey? ay Blanca divina,
quanto en amarte intereso!

Cond. Y quién es, señor? *Rey.* Su sangre,
su virtud y entendimiento,
pues son acrehedores mios
los servicios de Don Tello:
yo lo miraré. *Sale un Criado.*

Criad. Señor,
aquel Príncipe Extrangero
que ha venido de Alemania,
pretende hablarte. *Lop.* Roberto
es este, señor. *Rey.* Di que entre.

Lop. Si su delito fue cierto,
recelo que el de Saxonia,
que es Elector del Imperio,
y poderoso, se ofenda
de que ampares en tu Reyno
á su enemigo. *Rey.* Don Lope,
la piedad que es don del Cielo,
no se acuerda del delito,
y sea ó no verdadero,
el que se ampara de mi,
negarle el favor no puedo.

Sale Roberto.

Rob. Vuestra Alteza me dé los pies.

Rey. Roberto,
los brazos al valor vuestro debidos.

Rob. Dichoso yo si en ellos hallo puerto
que me negaron bárbaros oidos.

Rey. Cómo venis?

Rob. Pisando golfos inciertos,
contra vientos del hado embravecidos,
que turbando mi honor me han obliga(do)
á vivir fugitivo y desterrado:
mas ya, Pedro invictisimo, que veo
á vuestros pies parada mi fortuna,
no tengo que pedir á mi deseo,
ni de tantas envidias queja alguna.
Al Duque de Saxonia, á Clodoveo,
mi hermano, le informó légua importuna
que yo de aquel Laurel q̃ ciñe Augusto,
solicitaba ser tirano injusto.
Dió crédito al engaño, y persuadido,
quiere meterme en ásperas prisiones,
quando un leal, de mi compadecido,
me avisa de sus cautas intenciones:
sobre un bruto Alemán, rayo encendido
que á el viento le bebió respiraciones,
fió mi vida en medio del reposo,
huyendo de el rigor de un Poderoso.
Y este mayor castigo mereciera
quien la Corona de oro hurtar pensara
al páxaro del Sol, y hasta su esfera,
ambicioso Nebli se remontara,
quiẽ cõtra el Laurel Regio, helada cera,
ciego y desvanecido fabricara,
que no sembrara en cándidas espumas
el artificio loco de sus plumas.
No suele en verde prado álamo solo
esmaltarse de páxaros parleros,
para dormir, quando se ausenta Apolo,
como mi hermano está de lisonjeros:
debe de ser estrella de aquel Polo
adornarse el Laurel de áspides fieros,
pero si lo[illegible] aqui vuestros favores,

yo le perdono al hado los rigores.
Rey. Solamente al venturoso
vale la razon Roberto,
que en delitos ignorados
siempre el infeliz es reo.
Yo estoy de vuestra desgracia
advertido, y con intento
de ampararos en mi Corte,
que me ha lastimado el veros
de la envidia perseguido,
y de vuestra Patria huyendo.
Lope de Acuña. *Lop.* Señor.
Rey. Daros á Roberto quiero
por huesped, y por amigo;
de su asistencia el festejo
fio de vuestro cuidado.
Lop. Como ventura agradezco
la ocupacion, para hacer
alarde de mis afectos.
Rob. El feliz soy yo, pues logro
por amigo y compañero
á quien tanto intenta honrarme,
y á quien servir solo espero.
Rey Que es mi persona advertid,
Lope de Acuña, á quien debo,
por sus servicios y hazañas,
la Corona que poseo:
él es el primer vasallo
de mi estimacion. *Lop.* Confieso,
gran señor, que por hechura
vuestra ese favor merezco.
Rob. Por la fortuna que él logra,
y por la que al lado tengo
de Don Lope, á vuestra Alteza
la mano otra vez le beso.
Rey. Venid, Roberto, conmigo,
que informarme de vos quiero
de las cosas de Alemania.
Rob. Diré que al Sol voy siguiendo.
Vanse todos, y sale Tristan, y detiene á Don Lope.
Trist. Que el Rey se fuese esperaba
para hablarte. *Lop.* Qué tenemos?
Trist. No mas que un fabor de Blanca.
Lop. De Blanca? *Trist.* No hagas estremos;
que lo que tú no has pedido,
lo ha conseguido mi ingenio.
Lop. Pues cómo allanó tu industria,
lo que yo en tan largo tiempo
no pude? *Trist.* Porque soy tonto,
y mejor fortuna tengo.
Lop. Yo no sé por qué razon
son mas dichosos los necios.
Tris. Por muchas, y la mayor
es la que te iré diciendo:
Mira, la fortuna es una
dama de gallardo cuerpo,
llena de joyas y galas,
que causa á todos respeto;
esta anda entre los concursos
mayores del Universo;
y los discretos que ven
venir con garbo y despejo
una muger tan bizarra,
como corteses y atentos,
á los lados se retiran,
porque ella pase por medio,
haciendo como entendidos;
y como los majaderos
no hacen caso, ni se apartan,
y se están quedos que quedos,
la fortuna que va andando,
es fuerza topar con ellos.
Lop. Bien has dicho; dime ahora
el favor que traes. *Trist.* Quedo,
señor, que primero yo
he de cobrar mis derechos;
de Blanca un papel te traigo,
y es el porte quando menos
veinte escudos. *Lop.* Y aun es poco;
yo, Tristan, te los prometo,
como ello sea verdad.
Trist. Y como que es verdadero.
Lop. Papel de Blanca, qué escucho?
damele, Tristan. *Trist.* No puedo.
Lop. No fias de mi palabra?
Trist. Si haré, mas oye primero:
Bien sabes como el jardin
de Blanca, es el mas ameno
que tiene toda Lisboa,
porque su padre Don Tello,
viniendo de ser Virey,
le labró con tanto aseo,
que es emulacion florida
de los pensiles hibleos.
La puerta que sale á el campo
vi abierta, y con ardimiento
me entré como que buscaba

á un hombre, quando á el encuentro
me sale tu Blanca hermosa,
preguntándome á qué efecto
entraba allí, yo le dixe,
que tú te estabas muriendo
y que buscaba unas yerbas,
que los Médicos expertos
te habian hoy recetado;
y que solo en aquel puesto
se hallarían, por mas fertil
de todos los del terreno;
qué yerbas son me pregunta;
mas yo que me vi de lleno
cogido, inventando nombres,
heché por aquesos cerros.
En fin, la dixe que estabas
de rondarla aqueste Invierno,
con catarral calentura,
y que los muchos serenos
te habian dado unos flatos,
tan tiranamente recios,
que te quitaban la vida,
y que te diese remedio,
que todo tu mal nacia
de sus desdenes severos,
que te daban parasismos,
que estabas perdiendo el seso.
Que no podias comer,
ni dormir, y otros excesos
que encarecí tan al vivo,
que yo los creí primero:
ella enternecida entonces,
la escribanía pidiendo,
tomó la pluma, y porque
el papel quiso soberbio
competir con la blancura
de su cristal puro y terso,
asentándole una mano,
le afrentó con cinco dedos.
Y en fin aqueste villete
me dió para ti. *Lop.* Qué veo?
papel de Blanca en mi mano
de mi firme amor en premio!

Lee. *Tristan dice que no estais con salud, y que la causa de vuestros males, son mis desdenes, desde hoy serán menores, porque vos tengais vida.*

Trist. Qué has visto?
Lop. Un favor tan grande,
que me enloquece el contento,
pondré en mi boca sus rasgos:
ay dulce adorado dueño,
qué bien mis finezas pagas!
Trist. Bien las albricias merezco.
Lop. Tristan, toma este bolsillo,
porque solo tu despejo
venciera aqueste imposible.
Trist. Tal vez el que sabe menos,
lo suele acertar mejor.
Lop. Verdad debe de ser esto,
pues sin mí lo hiciste todo.
Trist. Oye á proposito un cuento:
Un Barbero en un quartago
visitaba á cierto enfermo,
que tenia un apostema
con unos dolores fieros,
alargabase la cura,
y el paciente echaba verbos.
Hermano, tened paciencia,
le decia el quirurgo diestro,
que este achaque va despacio,
que en el hipocondrio interno,
teneis una hidropesia,
alcanzadme ese tintero,
porque quiero recetaros
un nuevo eficaz remedio:
y al darle el pobre la pluma,
el caballo que era inquieto,
asentóle la herradura,
y le rebentó el divieso,
con que al punto le cesaron
los dolores al enfermo,
sintiéndose mejorado,
y quedó á voces diciendo:
Vive Dios, que mejor cura
el caballo que el Maestro;
aplico agora. *Lop.* No apliques,
porque sale aqui Roberto.
Rob. Señor Don Lope, ya el Rey
de mí quedó satisfecho,
con la individual noticia
que le dí de mis progresos;
á vos mi amparo remite,
como primer instrumento
de sus determinaciones.
Lop. Venid conmigo, que quiero
enseñaros á Lisboa.
Rob. Habiendo visto el portento

mayor, quando en ella entré
todo lo demas es menos.

Lop. Qué habeis visto? *Rob.* Una hermosura
que en toda mi vida espero
ver mas singular prodigio,
y á saber quien era, dueño
la hiciera de mi alvedrio,
poniendo á sus pies (si heredo)
el Estado de Saxonia.

Lop. Y en fin, de amor este cielo
de Portugal, dónde, ó quando
la visteis. *Rob.* En el paseo,
junto á el mar, la misma tarde
que desembarqué. *Trist.* Laus Deo,
esos son Pueblos en Francia,
y el buscarla es perder tiempo.

Lop Conocereisla si acaso
la volveis á ver? *Rob.* Es cierto;
pues tan vivo en la memoria
me ha quedado su diseño,
que es imposible olvidarla.

Lop. Pues vamos, señor Roberto,
que no quedará en la Corte
(por ver si hallais vuestro empleo)
calle que no discurramos,
concurso que no miremos.

Trist. Plegue á Dios que esos caprichos
no paren en escarmientos.

Vanse, y sale Doña Blanca y Leonor.

Leon Ya que en estos jardines
estamos, Blanca hermosa, retiradas,
y con estos jazmines
de registros domésticos guardadas,
sin riesgo de enojarte,
quisiera una pasion comunicarte.

Blanc. Seguramente puedes
decirme tu cuidado. *Leo* Tengo miedo,
de que admirada quedes.

Blanc. Cómo de afectos amorosos puedo
admirarme, si á todos
veo que rinde amor por varios modos?
Amor, los Elementos
en dulce union enlaza; amor conforma
estraños pensamientos;
amor valientes Hercules transforma
en actos mugeriles,
y en fuerza de Sansón animos viles;
amor, sin pesadumbre
corta del mar las hondas arrogantes,
y con oculta lumbre,
con natural instinto, y voz amante,
brutos, aves y flores,
dando mudos están señas de amores.

Leo. El dia, Blanca hermosa,
que fuiste al mar, y el de Saxonia vino,
quando por la arenosa
playa cubrieron damas el camino,
en él puse los ojos,
libre de imaginar tantos enojos,
fue cosa en mi tan nueva,
el ver que un Extrangero me agradase,
que no pudo hallar prueba
amor, que mas sus fuerzas confirmase,
que rendir el decoro,
de quié siempre burló sus flechas de oro.
Verle otra vez deseo,
por ver si mi aprehésion se va mudádo,
quizá de aqueste empleo,
mi voluntad se irá desengañando,
que tengo por injusto
que se avasalle la razon á el gusto.

Blanc. No estés tan descontenta,
prima, de tu capricho por estraño;
pues que la Griega atenta
al Capitan de Troya, y de su engaño
con mas facil conquista,
rindió su amor á la primera vista.
No hayas miedo que abrase
á Lisboa su amor, como ella á Troya,
ni que á cuidado pase,
que alli la admiracion de tanta joya,
y tan ricos despojos,
hizo á la voluntad seguir los ojos;
otra vez que le veas
conocerás tu error y desatino.

Leo. Ay Blanca, no lo creas,
pienso que por mi mal á España vino,
quando á imaginar llego (go.
que la espuma del mar produxo el fue-

Sale Beatriz, y Constanza.

Beat. Aquel Príncipe Extrangero,
que dicen que á nuestra tierra
viene huyendo de su hermano,
(segun los vulgares cuentan)
de Don Lope acompañado,
piden, señora, licencia
para ver estos jardines,
cuyas estancias amenas

tanto la fama acredita.

Blanc. Di que entren muy norabuena,
y avisa á los Jardineros,
que suelten á toda priesa
las fuentes, y surtidores,
para que lisonja sea
de Caballeros tan grandes;
pues á honrar su sitio llegan;
no te detengas Beatriz.

Beat. Voy á hacer lo que me ordenas.

Blanc. Sin duda que á el papel mio
agradecido se muestra
Don Lope; pues con achaque *ap.*
de ver el jardin, honesta
con el disfraz de curioso,
lo oculto de su fineza.

Leo. Mi deseo le ha traido. *ap.*

Blanc. Parece que estás contenta,
Leonor? Qué mal disimula
la alegria su belleza!

Leo. Antes, Blanca, estoy sentida
de que con Don Lope venga
el Príncipe, pues no puedo
mirarle sin que me vea.

Blanc. Ya están dentro del jardin,
de estas ramas encubierta
puedes mirarle. *Leo.* Bien dices.

Blanc. De qué sirve esa cautela
conmigo, quando tú, mas
que verle, hablarle deseas?

Leo. Mi pasion has conocido;
mas supuesto que están cerca,
dime si tengo disculpa
en mi amor, y si sus prendas
son dignas de mi cuidado.

Blanc. El tiene gentil presencia,
pero faltale aquel ayre
Español, que tanto aprecian
las Naciones. *Leo.* A Don Lope
ninguno hace competencia:
mas esto de inclinaciones
procede de las Estrellas;
venturosa tú que sabes
que te adoran, y ay de aquella,
que sin poder declararse
ha de amar por influencia.

Const. Recorriendo los jardines
los dos hacia aqui se acercan,
y con paso apresurado.

Blanc. Retiremonos apriesa,
no se aventure el recato:
ven, Leonor. *Sale D. Lope.*

Lop. Ingrato fuera,
divina Blanca, si á tantas
corteses correspondencias
no postrara el alvedrio,
por victima de la deuda,
á los apacibles rasgos
de estas fuentes lisonjeras,
y de aquellas que dan vida,
bordando flores por letras,
debi las respiraciones,
debió el alivio mi pena,
ya vivo, ya de la calma
se serenó la tormenta,
pues veo de estos jardines
una vez la entrada abierta.

Blanc. Por metáfora agradece
mi papel: vuestra nobleza,
señor Don Lope, y la gracia
que teneis del Rey franquean
mayores dificultades,
que solo á la preeminencia
de vuestra sangre y valor
las del recato se abrieran.

Lop. De mí vino apadrinado
Roberto, á ver la excelencia
de estos amenos jardines,
y poca urbanidad fuera
de mi atencion recatarle
la ventura de que os vea.

Leo. Con tal padrino, es razon
que hablar á entrambas merezca.

Lop. Llegad, Roberto.
Llega Roberto, y turbase.

Rob. Conozco,
señoras, que no pudiera
mirar al Sol; mas qué miro? *ap.*
Cielos, la deidad es esta
que en el paseo vi, quando
desembarqué, arda el etna
de mi amor en mi silencio: *ap.*
qué haré? si diré mi pena?
válgame todo mi aliento.

Lop. Os turbais? *Rob.* Grosero fuera,
señor Don Lope, si al ver
un jardin con dos estrellas,
una esfera con dos Soles,

y un Sol con dos Primaveras,
no me turbara. *Blanc.* Habreis visto
otras mayores bellezas,
y cortesano quereis
lisonjearme. *Rob.* No quisiera
parecer necio en decir
que todas son sombra vuestra.
Blanc. Sombra direis de mi prima
Doña Leonor. *Rob.* Es muy bella,
mas basta estar junto á el Sol,
para que parezca Estrella.
Leo. No pienso que se me inclina,
los ojos Blanca le lleva. *ap.*
Lop. Qué miro? Roberto en Blanca
la atencion de suerte emplea,
que le bebe la hermosura; *ap.*
la visita ha sido necia,
y vive Dios que me cansa:
mas la nobleza Extrangera
estila estos agasajos,
y disimular es fuerza.
Leo. Y qué de mi no haga caso! *ap.*
Lop. Quiero usar de la llaneza.
Leo. Digo, señor, que en la Corte
entrasteis con buena estrella.
Rob. Qué mayor, si he merecido
el estar en la presencia
de las mas hermosas luces?
Lop. Bien vuestra atencion se emplea,
si en Leonor poneis los ojos,
que es prima de Blanca.
Rob. Apenas
me da lugar su hormosura
para que en otra divierta
la atencion.
Lop. Este hombre es necio.
Trist. Mas es. *Lop.* Qué mas?
Trist. Esa es buena;
no es necio, señor, sino
caballo, segun se llega.
Blanc. Mucho porfia en mirarme.
Leo. Aqui, amor, de mi cautela.
Lop. Supuesto, divina Blanca,
que es esta la vez primera
que feliz piso este sitio,
centro de la Primavera,
no será razon cansaros.
Rob. Qué presto las dichas cesan!
Lop. A Dios. *Blanc.* A Dios.
Lop. No se aparta,
quien en la memoria os lleva.
Rob. Quereisme oir vos, señora?
Leo. Ya, señor, os oigo atenta.
Rob. Decidle á Blanca que voy
sin alma, y que si pudiera
hoy heredar á mi hermano,
fuera en Saxonia Duquesa.
Leo. Harelo asi; qué esto escuche! *ap.*
infeliz soy. *Rob.* Qué belleza!
Lop. De Roberto voy zeloso: *ap.*
qué mal hice en que la viera!
Blanc. Su discrecion, gala y brio,
mas á quererle me empeñan.
Trist. Cómo quedamos Beatriz?
Beat. Tristan, como tu me quieras,
soy tuya. *Trist.* A tanto favor,
mis sentidos hagan fiestas,
ponga el alma luminarias,
corran toros mis potencias.
Vanse todos, y quedan Blanca y Leonor.
Blanc. Pareceme que has quedado
triste. *Leo.* No tengo razon,
si he visto con la aficion
que Roberto te ha mirado?
de la visita he sacado,
prima, notables consuelos,
para mis necios desvelos,
porque si en la fantasia,
solamente amor tenia,
ya tengo amores y zelos.
Blanc. Leonor mia, y si mi amor
Don Lope no mereciera,
segura estoy que no hiciera
á un Extrangero favor;
en el Fidalgo mejor
del mundo estoy empleada,
ama y vive descuidada,
sin tener zelos de mi,
que desde que á Lope vi,
ya para mi todo es nada. *vase.*
Leo. Estraña desdicha ha sido,
que de Blanca se agradase
Roberto, y no me mirase,
mirándola divertido;
pero pues me ha prevenido
para hacerme su tercera,
aunque mi gusto prefiera
á mi honor, viendo que muero,

sin que sepa que le quiero,
tengo de hacer que me quiera.
Yo le he de dar á entender
á Roberto, que es querido
de Blanca, y él persuadido
de este ardid, la ha de querer;
luego que le vea arder
por Blanca, yo en su lugar
mi cautela he de lograr,
que aunque sea indigna accion,
de una tan ciega pasion
quien se ha podido librar?
No seré yo la primera
que este arrojo haya intentado,
error es desesperado,
vil delito, accion severa,
conozco que mejor fuera
el morir; mas qué ha de hacer
quien ha llegado á perder
alma, y honor, vida, y fama?
mucho mas hará quien ama,
olvidada de su sér.

Vase, y correse una cortina, y aparecese el Rey sentado, y el Condestable en pie.

Rey. Por mas que intento apartar
el pensamiento de aquel
lamentable triste infausto
suceso de Doña Inés.
Mas para tormento mio,
asesino mental es
la memoria que me quita
la vida; ay perdido bien!

Cond. Ya vuestra Alteza ha cumplido
con quanto cupo en la ley
de amante, y de poderoso,
ya coronó de Laurel
aquella muerta hermosura,
que asombro á los siglos fue:
fineza que solo cupo
en Monarca Portugues:
ahora de esa tristeza
sera triunfar su altivez,
que aqui la mayor victoria
es el saberse vencer.

Rey. O si el dolor me dexara!
Condestable, no estrañeis
mi frénetica locura:
pues á quantas partes veis
que miro, se me aparece
aquel helado clavel,
aquella difunta sombra,
y juzgando que ella es,
abrazo el viento, y me burla
el viento, porque mi fé,
fiada en la fantasia,
á qualquier zéfiro cree.

Cond. Olvidar es el remedio.

Rey. Dónde el olvido hallaré?

Cond. Señor, en la resistencia,
y de vuestra parte haced
por borrar esa memoria,
pues en ella estriva el bien
de Portugal. *Rey.* Bien decis,
haced que canten, por ver
si se templa mi pasion.

Cond. Ya lo dispuse, pues sé
que la música divierte
á vuestra Alteza. *Rey.* Está bien.
Sentaos aqui, Condestable.

Cond. Señor, si es por la vejez,
aun tiene aliento esta nieve
para serviros en pie
con una pica en campaña.

Rey. Desusado favor es;
pero mi Ayo habeis sido,
y gusto de que gozeis
aquesta prerogativa.

Cond. Ya me toca obedecer.
Ola, cantad. *Sientase.*

Rey. Para un triste
qué tarde llega el placer!

Cantan dentro.

Don Pedro á quien los crueles
llaman sin razon cruel,
desde Coimbra á Alcobaza
cien mil hachas hizo arder.

Rey. El que compuso la letra,
bien supo qué era era querer,
que, á no ser amante, no
me disculpara cortes.

Voz. Todas arden, mas que todas
arde el corazon de el Rey,
quanto va de amor á luces,
y de cera, á querer bien.

Rey. Bien dice, que no se iguala
un arder al otro arder,
que la cera se consume,

y temporal llama es,
que sin materia no hay fuego;
pero un afecto fiel,
ardiendo sin consumirse,
hace eterno el padecer.

Voz. El Sol desconoce al dia,
quando por la tierra ve
en la noche de los lutos
todo el firmamento á pie.

Rey. Nunca á deseos amantes
pudo igualar el poder,
porque si conforme fuera
su funeral, á mi fé
fabricara (á ser posible)
para colocar á Inés,
por túmulo todo el Orbe,
todo el Cielo por dosél.

Voz. Los clarines y clamores
dan pesame, y parabien
al vivo de su fineza,
y al cadaver de su fé.

Levantanse.

Rey. Parad, y no canteis mas,
que enternecido otra vez
con esa memoria, el pecho
se abrasa, bolcan, tened,
villanos, la infame espada
contra una flaca muger,
contra una inocente vida
obstentais vuestro poder:
ó rabia! ó furia! ó traidores!
ahora, ahora vereis.

Empuña la espada.

Cond. Señor, señor.

Rey. Condestable,
arrebatóme la sed
de una segunda venganza,
que me privó de mi ser,
pues imaginé que veía
al que mató á Doña Inés.

Sale Roberto y Don Lope.

Rob. Dame, señor, vuestra Alteza
á besar su heroica mano;
perdonádme el olvido,
de que no haya vuelto á daros
el justo agradecimiento
de tan generoso amparo.

Rey. Y cómo os va con Don Lope?

Rob. Para ponderar los raros
primores de su festejo,
y hospedage cortesano,
fuera menester mi lengua
valerse de agenos labios.

Lop. Señor, sino fue Roberto
servido con aquel garbo
que me encargó vuestra Alteza,
vuestra Alteza es el culpado,
pues fió de mi asistencia
los primores que no alcanzo.

Rey. Qué os parece de Lisboa?

Rob. Que es un asombro, un milagro
del Orbe, en la pompa ilustre
de Damas y Cortesanos.

Trist. Como de aquesas bellezas
llevan las aguas del Tajo.

Rob. Yo vi, señor, la mayor
hermosura, el mas estraño
compendio de perfecciones,
que pudo el pincel humano
dibujar. *Rey.* Y conocisteis
el sugeto? *Rob.* Al agasajo
de Don Lope debí el logro
de la ventura que aguardo,
pues la comienzo á servir.

Rey. Y en fin, la habeis visitado?

Rob. Si señor. *Rey.* Saber espero
quien es la que alabais tanto.

Rob. Doña Blanca de Meneses,
es á quien rinde mi aplauso
la adoracion. *Lop.* Oyes esto,
Tristan? *Trist.* O qué lindos palos
merecia el tal Roberto!
esto ves, y estás callando?

Lop. No es tiempo ahora, un abismo
de furia en el pecho guardo.

Rob. Mi suerte á amarla me inclina.

Cond. Y no merece su mano
menos sugeto, que en sangre,
sino excede, iguala á quantos
se ilustran de heroicos timbres.

Rey. De que estais bien empleado
tened por cierto, que Blanca
goza esplendores tan altos
de calidad, que yo solo
soy mejor. *Cond.* A vuestros rayos,
Blanca, y yo, señor, debemos
este esplendor que logramos.

Rey. Vamos, Condestable. *Cond.* Ten

que sobre este empeño vano,
entre Roberto y Don Lope
haya algun lance pesado.
Vanse, y detiene Don Lope á Roberto.
Lop. Aguardad, señor Roberto,
que os tengo que hablar despacio:
vete, Tristan. *Trist.* Ya obedezco:
una gran desdicha aguardo,
porque mi amo es terrible;
yo me voy paso entre paso,
para avisar en secreto
á quien pueda remediarlo. *vas.*
Rob. Decid, que atento os escucho.
Lop. Poco atento habeis andado
en decirle al Rey que amais
á Blanca. *Rob.* Deslumbrado
fue siempre un amante ciego.
Lop. Yo cumplo con avisaros,
que un competidor teneis
que os ha de costar cuidado.
Rob. Del Rey abaxo, ninguno
puede haber tan arrojado
que se oponga á mis intentos.
Lop. El decirlo, no es lograrlo;
no pudiera ser que alguno
fuese de Blanca estimado,
y os declarase su amor?
Rob. Por dificultoso lo hallo,
porque soy muy diferente.
Lop. Pues vive Dios que hay hidalgo,
que si el Sol mismo intentara
(geroglifico plumado)
vencer su altivez en vuelos,
que ultrajándole los rayos,
le hiciera retroceder
el curso, para que osado
rematase en escarmiento,
lo que comenzó en agravio.
Rob. Ya sé yo, señor Don Lope,
que es Cid cada Lusitano,
y por esa causa misma
aspiro á lo mas sagrado,
pues vano y presuntuoso,
os honro con imitaros.
Lop. Sabeis quién soy?
Rob. No lo ignoro,
que el Rey no me hubiera dado
á menos huesped que á vos.
Lop. Pues si estais de ello informado,
sabed que á Blanca festejo.
Rob. Cómo quando á verla entramos
vuestro amor no me dixisteis?
Lop. Porque los hombres de garbo,
de la hermosura á quien sirven,
no dicen los agasajos:
ademas, que fuera ocioso,
porque habiendoos yo llevado,
os tocaba el presumirlo.
Rob. Esos primores no alcanzo,
solo sé que á Blanca adoro,
y al que quisiere estorbarlo,
le sabré quitar la vida.
Lop. Yo le arrancaré á pedazos
el corazon.
Empuñando las espadas, sale el Rey y el Condestable.
Rey. Qué es aquesto?
los aceros empuñados,
y sin color los semblantes?
Este injusto desacato
mi sufrimiento permite?
Cómo en mi Real Palacio
se atreven cóleras locas
á delirios temerarios?
No os enfrenó mi respeto?
Los dos. Señor.
Rey. No hay que disculparos,
ya sé la ocasion, Roberto,
y que teneis culpa entrambos:
vos en querer alterar
el Reyno, de ayer llegado;
y Don Lope en no avisarme,
que supiera remediarlo:
no soy yo Don Pedro á quien
le dan de Cruel y Bravo
las Extrangeras Naciones
el nombre? No supe ayrado
arrancar por las espaldas
el corazon á un tirano?
Vive Dios, que el reportarme,
mas que cordura es milagro:
yo veo empuñar aceros,
y tengo el mio embaynado?
Rob. Si yo juzgara ofenderos.
Lop. Si yo pensara enojaros.
Rey. Bueno está. *Lop.* General vuestro
en Mar y Tierra me llamo;
y si habeis de ser Juez,

señor, y no Rey ayrado,
pues decis que habeis sabido
la ocasion, á suplicaros
me atrevo que me escucheis.
Rey. Ya vuestra disculpa aguardo;
pero decidme primero
lo que os fuere preguntado.
Doña Blanca de Meneses,
que es solo en lo que reparo,
qual de los dos favorece?
Rob. Mis favores no son tantos,
que pueda alabarme de ellos,
basta que me haya contado
su prima Leonor, que estoy
en su gracia. *Rey.* Quién, ó quando
os llevó á verla? *Rob.* Señor,
Don Lope, recien llegado.
Rey. No teneis culpa en quererla;
pero habiendoos avisado,
cómo es posible servirla,
sin hacer á Lope agravio?
la ley de amigo, y de huesped,
no obliga á un noble? *Rob.* No hallo
disculpa, perdon le pido,
y á vos, señor, de enojaros.
Rey. Con eso templais mis iras:
y vos Don Lope, en qué estado
teneis el amor de Blanca?
Lop. Ha que la sirvo seis años
sin haberme hecho un favor:
mal dixe, pues me ha dexado
servirla, sin que se ofenda. *ap.*
Rey Qué cortesano recato!
Don Lope. *Lop.* Señor.
Rey. Yo quiero
hoy de mi mano casaros.
Lop. Venturoso yo si hoy quedo
casado de vuestra mano.
Rey. Yo sé que hoy habeis tenido
de Blanca un papel. *Lop.* Negarlo
no puedo. *Rey.* Ya tambien sabeis
como su padre ha faltado,
y que para dicha vuestra
Blanca heredó sus estados.
Lop. Si, gran señor,
Rey. Pues Don Lope,
ya con ella estais casado,
ya sois Conde de Udemira,
y yo á su dote os añado
de mi amistad el cariño.
Lop. Las estampas que dexando
van vuestros pies, beso humilde.
Rey. Generoso Acuña, vamos,
que quiero ser el padrino;
y vos quedad avisado,
que Blanca quiere á Don Lope,
y que soy yo quien le caso.
Vase el Rey y Don Lope.
Rob. Que Blanca quiere á Don Lope,
y que soy yo quien le caso?
Válgame el Cielo! qué he oido?
que mi ardimiento bizarro
ajado de aquesta suerte
haya el Rey? mas qué me espanto,
si Lope es vasallo suyo?
pero no por un vasallo
ha de ofender mi altivez;
y pues Leonor me ha contado
que vivo en gracia de Blanca,
yo en servirla á nadie agravio;
y asi, á pesar de Don Lope,
del Rey, y de sus vasallos,
he de seguir este norte,
esta estrella que idolatro,
esta antorcha que me alumbra,
este fuego en que me abraso,
porque Portugal conozca,
porque sepan sus Fidalgos,
si hay Lusitanos valientes,
que es cada Aleman un rayo.

JORNADA SEGUNDA.

Sale Don Lope y Tristan.

Trist. Solo quisiera saber
(ya ves que curioso soy)
por qué madrugas tanto hoy?
Lop. No he visto al Rey desde ayer.
Trist. Recien casado un marido,
tiene disculpa bastante
para que no se levante.
Lop. Las pensiones de valido,
Tristan, y de los negocios
que á mi cargo tengo ahora,
me despiertan al Aurora.
Trist. Bien hayan amen los ocios
de un pobre, que en mansion quieta
duerme del Alba la risa,

que aunque no tenga camisa,
tampoco escribe estafeta.

Lop. Locas imaginaciones,
hijas de nobles recelos,
pocas sois para ser zelos, *ap.*
y muchas para ilusiones.

Trist. Perdoname la llaneza
(si es que no te has de enojar)
de atreverme á preguntar
la causa de tu tristeza:
qué desazon, ó que enfado,
tras de tantas alegrias
de boda, y de tantos dias
de regocijo te ha dado
tanta fiesta, y tanto adorno
de galas y de torneo,
tanto amoroso trofeo
pudo parar en bochorno?
Qué tienes, que suspendido,
triste, arqueando las cejas,
contigo á solas te quejas,
como tahur que ha perdido?

Lop. Qué mal la melancolía
disimulo en el semblante, *ap.*
pues este, siendo ignorante,
conoce la pena mia!
Mi achaque, Tristan, consiste
en mala disposicion;
presumes otra razon
por qué pueda yo estar triste?

Trist. No; mas sospecho, señor,
que te tiene desvelado
este Roberto, que ha dado
en festejar á Leonor? *Lop.* A Leonor?

Trist. Pues dime, á quien
podia solicitar
en tan sagrado lugar?

Lop Tristan, tu dices muy bien,
ya Leonor se irá á su casa,
y con eso cesará
el cuidado que me da:
mas ay de mi! que se abrasa *ap.*
el pecho en ansias mortales,
por lo que sospecho y vi;
mas callar me importa aqui,
sean mis dudas fiscales
de el exâmen mas atento,
para que prudente y sabio,
antes que se queje el labio,
sea alivio el escarmiento.
Fingir yo que me ausentaba,
quedándome ocultamente
en Lisboa, era el mejor
medio, con que facilmente
podia desengañarme
de estas sospechas, que tienen
confundido mi discurso,
hacer esto me conviene;
esto ha de ser por ahora,
porque mis dudas se templen,
quedate aqui, que entrar quiero
á ver al Rey; mas él viene.

Sale el Rey.

Trist. Respeto y temor infunde.

Lop. Señor, vuestra Alteza deme
su mano. *Rey.* Qué es esto, Conde:
vos todo un dia sin verme?
mi amor merece este olvido?
Permitidmé que se queje
mi amistad, pues siendo vos
quien sobre sus hombros tiene
el peso de mi Corona,
y de quien todo depende,
me olvidais asi? *Lop.* Señor,
mi esclavitud no merece
tan soberanos favores,
no me trateis de esa suerte,
subiendo un humilde tronco
á divinas altiveces,
ó juzgaré que declina
mi fortuna, porque suele
en llegando á la mayor
altura, el blandon celeste,
volver á entibiar sus rayos,
templando los accidentes;
la amistad cabe en iguales
sugetos, no en pequeñeces
de mi distante fortuna.

Rey. Pues no son hombres los Reyes
no les influyen los Astros
simpatías diferentes,
como á los demas? *Lop.* Es cierto.

Rey. Luego su influxo bien puede
entre el señor y el vasallo
partir iguales poderes.

Lop. Siendo eso asi, ya me puedo
asegurar felizmente,
que perdonareis mi olvido:

pues fue, señor, si se advierte
culpa de recien casado.
Rey. El amor todo le vence:
hoy tuve aviso, Don Lope,
como el Moro osadamente
con Exército copioso
por los Algarves pretende
entrar á fuego y á sangre,
para cuyo efecto tiene
sitiado á Castro Marin,
la mas importante y fuerte
Plaza de aquesta Corona,
y socorrerla conviene
con brevedad. *Lop.* Pues señor,
si mis servicios merecen
que me concedais la dicha
de iros á servir en este
marcial empleo, sería
de nuevo favorecerme;
demas, que por General
vuestro, este honor se me debe;
pues ya los roxos turbantes
de tanta Africana hueste,
en las campañas de Tanjer
probaron de mis arneses
los sangrientos filos, quando
el de Marruecos valiente,
intentó de aquella Plaza
obscurecer los laureles.
Rey. Estais muy recien casado,
y no quiero que se queje
Blanca de mi. *Lop.* Es agraviarme,
señor, el pensar que puede
el amor mas excesivo,
vencer el que os tuve siempre.
Rey. Lograd ahora, Don Lope,
las posesiones alegres
de vuestro amor, que despues::
Lop. Qué es despues? señor, es este
el valimiento, el cariño
que vuestra Alteza me tiene?
así mis finezas paga?
el deslucirme es quererme?
Rey. No haya mas, lo que pedis
mi voluntad os concede.
Lop. Bien es que á daros las gracias
mi agradecimiento llegue.
Rey. Prevenid vuestra jornada,
porque estos socorros quieren
prontitud. *Lop.* Señor, en ella
consiste la buena suerte.
Rey. Entrad, y antes que partais,
mirad aquellos papeles
que tengo allí decretados.
Lop. Ya mi humildad obedece. *vas.*
Rey. No os vais vos.
Trist. Qué puede quererme? *ap.*
Lop. Servis á Don Lope? *Trist.* Si;
mas antes que le sirviese,
serví á vuestra Alteza yo.
Rey. A mi vos? *Trist.* Es evidente,
pues fui en Africa Soldado,
adonde mostré valiente
mis brios, por cuya causa
Don Lope me favorece.
Rey. Y qué servicios hicisteis?
Trist. Matar á un Leon rugiente
cuerpo á cuerpo en la campaña.
Rey. Vos Leon? *Trist.* Mataré veinte
si se me ponen delante.
Rey. De qué suerte? *Trist.* De esta suerte:
vienese el Leon á mi,
y al tiempo que me acomete,
pongole un broquel delante,
y como las garras fuertes
del bruto el broquel penetran,
yo entonces mañosamente,
con un martillo le voy
remachando las crueles
uñas por dentro, y queda
atado para no ofenderme.
Tirole al punto una punta
por las fauces velozmente,
y incontinente le mato;
con que para mi á ser viene,
lo mismo echarme leones,
que gazapos. *Rey.* Sois valiente,
y gastais famoso humor,
con razon Don Lope os quiere.
Trist. Somos grandes camaradas;
no hay secreto que reserve
de mi lealtad. *Rey* Bien está.
Qué es lo que D. Lope tiene
de unos dias á esta parte?
que imaginativo siempre
le veo, confuso y triste.
Trist. Anda á el uso. *Rey.* Qué uso es ese?
Trist. De ordinario los Vasallos

imitar á su Rey suelen
en las costumbres y modos:
si en los libros se entretiene,
todos al instante juntan
librerias diferentes:
si gusta de los caballos,
todos caballos pretenden.
Si de perros, todos andan
anhelando por lebreles;
si de bayles, todos baylan:
dicen que en Indias hay gente;
que porque á un Cacique vieron
sin un diente, incontinentes
todos desde entonces dieron
luego en sacarse otro diente:
y asi como vuestra Alteza
desde aquella infeliz muerte
de la Reyna, anda tan triste,
Don Lope imitarle quiere,
que es tanta la imitacion
de todos los Portugueses,
que porque amó vuestra Alteza
á una Inés, ya todos quieren
á las Ineses no mas
porque se llaman Ineses.

Rey. No, la tristeza de Lope
de otro motivo procede,
no me negueis la verdad.

Trist. Quién negarsela al Rey puede;
pero no sé si lo diga.

Rey. Prosigue, y nada receles,
y atiende á que hablas conmigo.

Trist. No sé qué recelos tiene
de este Roberto, que ha dado
en mirar osadamente
á los balcones de Blanca.

Rey. La solicita? *Trist.* Eso debe
de ser. *Rey.* Y lo sabe Lope?

Trist. Pues si el otro lo supiese,
qué es saberlo, imaginarlo,
le hubiera dado la muerte.

Rey. Y tú lo sabes? *Trist.* Tampoco,
lo sospecho solamente;
y que no es el Sol tan puro
como su hermosura. *Rey.* Vete,
y no te halle aqui Don Lope,
y aqueste secreto quede
entre los dos. *Trist.* Yo prometo
de callar eternamente. *vas.*

Rey. Esta natural braveza
con que nací, aqueste fuerte
rencor que tengo á lo infuso,
me induce á venganzas siempre:
vive Dios, que si es verdad,
que este Roberto se atreve
á solicitar á Blanca,
contra las humanas leyes,
habiendo yo intervenido
en que esta pretension dexe,
que le he de quitar la vida
yo mesmo, que esto me deben
las lealtades de Don Lope,
y me toca el defenderle;
mal hago en esta ocasion
de permitir que se ausente,
dexando en riesgo su honor;
pero si él al mio atiende,
vigilante centinela
guardaré el suyo, de suerte,
que en su casa no haga falta
el tiempo que me sirviere.

Sale Don Lope.

Lop. Ya, señor, vi las consultas,
y lo que en ellas resuelve
vuestra Alteza; ahora falta
que me dé, como otras veces,
licencia para partirme.

Rey. Don Lope, á mi me parece
que fuera mas acertado,
que el Condestable emprendiese
esta jornada, y no vos:
lo primero es, porque siente
vuestra ausencia mi cariño,
y mas quiero que se arriesgue
un trofeo, que un amigo;
lo segundo es, porque tiene
mi piedad lástima á Blanca;
y en fin de qualquiera suerte
haceis falta en vuestra casa.

Lop. Válgame el Cielo mil veces!
qué escucho? callar me importa,
nada á mi Rey se prefiere,
no hay Blanca aqui, sino vos,
que el honor y los laureles
de vuestras armas, me están
llamando gloriosamente
á desempeños heroicos
contra el Africano aleve.

Pues quereis dexar por mi
domésticos intereses,
descansos que el ocio blando
de recien casado ofrece,
tambien miraré por vos,
mejor que vos, id alegre
á disponer el viage,
y volved despues á verme. *Vase.*
Confusas obscuridades,
imaginadas preñeces
de dudas, que no exâmino,
de asombros que me suspenden.
Qué es esto que por mi pasa?
quando unas sospechas vencen
mi discurso, quando un solo
indicio, un amago leve
de zelos me atemoriza,
me turba, embaraza y prende,
quando ignorando quien sea,
sin firma un papel me advierte,
que tengo un grande enemigo
que solicita ofenderme:
me dice el Rey, para mas
confusion, que no me ausente,
y que en mi casa hago falta;
esto al fin misterio tiene:
si sabe el Rey ya mis zelos?
si los sabe, es evidente
que es ya público mi agravio.
Ay pensamientos crueles!
Por qué de imaginaciones
sufris que llamas recuerde?
Todo el peso de mis dudas
consiste, en que solamente
topé una noche en mi casa
á un hombre, á quien obscurecen
rebozos que le disfrazan,
y al querer yo conocerle,
por un balcon se me arroja,
dexando impensadamente
(con la turbacion) caer
de Blanca un retrato breve,
que por la cuenta en la mano
tenia, para que ardiesen
en la llama de el agravio,
mis recelos evidentes:
recelos dixe? mal dixe,
zelos son: ó qué impaciente
linage de tirania!
qué bien alma de la muerte
le compararon los Sabios!
la similitud alegre
del original que adoro,
en quien se retrata el Fenix
de Blanca, en agena mano
pudo estar? Quién fue el aleve
que le hizo para mi afrenta
tirano de agenos bienes?
Cielos, en Blanca han cabido
tan cautelosos dobleces?
y la ligereza facil
de permitirse á pinceles
en Blanca? Pero qué digo?
mienten mis sospechas, mienten
mis zelos, y tambien yo
miento si lo presumiere,
que es mi esposa, y del Sol nunca
tenebrosos accidentes
alteran sus resplandores;
pero no es muger? no puede
ser que alguna fantasia,
algun pensamiento leve
profanase el sacro templo
de el honor, que se sostiene
en tan fragiles cimientos,
que á un soplo solo, á una leve
respiracion titubean
sus columnas permanentes?
Pero asentando primero,
que se halle Blanca inocente;
quién será aqueste enemigo
que solicita ofenderme?
yo sospecho que es Roberto,
y que cautelosamente,
con festejar á Leonor,
disimular su amor quiere:
pues muera; mas qué pronuncio?
no puede ser que otro intente
agraviarme, y no Roberto,
que á ampararse del Rey viene?
todo cabe en lo posible;
pero porque no me quede
escrupulo en la venganza
que tomar mi honor pretende,
supuesto que el Rey me manda
que me parta diligente
del Africa á las Fronteras,
y que es fuerza obedecerle,

dando á entender que me parto,
me quedaré ocultamente
en Lisboa algunos dias,
y en las mudas lobregueces
de la noche, seré lince
que registre, que penetre
el homenage sagrado
de mi casa, las paredes
del alcazar de mi honor;
y si profanado viere
de ella tan solo un resquicio,
sus altivos chapiteles
serán abrasada Troya,
serán volcanes ardientes,
serán polvo, serán humo,
cuyas cenizas rebeldes,
de la infamia señas viles,
de mi agravio caracteres,
serán para mi dos mudos,
que mis venganzas acuerden.

Vanse, y salen Constanza, Beatriz, Blanca y Leonor.

Blanc. Esto ha de ser, Leonor mia,
sea razon, ó violencia.

Leo. Qué en fin quieres que yo viva
de ti apartada, y que sea
tu sosiego mi retiro,
y tu descanso mi ausencia?
Qué en fin, prima, de tu casa
quieres que salga? qué ofensa
te ocasiona mi cariño?
Quién pensara, quién creyera,
ay Blanca! que el amistad
de tantos años, pudiera
por tan pequeña ocasion
acabarse? *Blanc.* No es pequeña,
quando por tu causa
aventuro la mas bella
prenda del alma, el decoro,
el respeto y la decencia
que peligra equivocada,
si está á dos visos expuesta.
Si Roberto tu hermosura
fino amante galantea,
y si tú de agradecida
le correspondes discreta,
no en desdoro de mi fama
se interponga su fineza,
que pensará quien le viere
dar musicas, hacer fiestas,
rondar de noche mi calle,
mirar atento á mis rexas,
que de pasadas memorias,
vuelve á repetir llanezas.
Y en mí viene á ser ultrage,
lo que en tí no es indecencia;
y aunque á mí nunca Don Lope
me ha hablado de esta manera,
reconozco en su semblante
una tan rara estrañeza,
un desagrado, un enojo,
una desazon tan fiera,
que de su amor olvidado,
de sí mismo no se acuerda.

Beat. Y anda tan embebecido,
que ayer (esto no es quimera)
le entré un recado, diciendo,
que su pariente Don Cesar
en la lonja le esperaba;
y respondió con gran priesa:
Lonja dixiste, Beatriz?
asala, y comamos de ella.

Blanc. En Don Lope estas señales,
sin duda que son sospechas
de alguna ilusion que ignoro,
y mi atencion no penetra:
tú con vivir apartada,
me escusarás de esta pena,
dando con este desvío
á mis inquietudes treguas;
y supuesto que tu casa
está á las espaldas de esta,
(aunque en diferente calle)
bien sabes que tiene puerta,
que corresponde á la mia,
por ella, Leonor, por ella
me podrás ver si gustares,
sin que ninguno lo entienda,
que no se apartan las almas
quando es la amistad estrecha.

Leo. Estoy por no responder,
porque si Blanca supiera
mis cautelosos ardides,
no solo me aborreciera,
sino que de mí tomara
una venganza sangrienta;
pero quándo una pasion
imposibles no atropella?

Supuesto, Blanca, que ayrada
por una vana sospecha
me apartas de tu cariño,
y el mio, ingrata desprecias,
yo me iré; pero será
mi retiro de manera,
que ni tú, ni el Sol, ni el mundo
jamás el rostro me vean,
que no hay amistad adonde
la desconfianza empieza:
ven, Constanza. *Const.* Ya te sigo;
Beatriz mia, á Dios te queda.

Vanse las dos.

Blanc. Parece que va enojada?
Beat. Es preciso que lo sienta,
que ella y su criada son
grandísimas embusteras:
escucha aparte, y verás
como te cuento bellezas.

Salen el Condestable, Don Lope y Tristan, y se quedan al paño.

Lop. Con esta priesa me envia,
Condestable, el Rey, y es fuerza
que por la posta me parta.
Cond. Sobrino, en ofensa fuera
de vuestros grandes servicios,
no entregaros esta empresa
el Rey, quando vuestro brazo
su crédito desempeña.
Lop Aqui está Blanca mi esposa,
decidle por vida vuestra,
Condestable, mi partida,
que yo no me atrevo: ha penas!
que en esta hermosura puede *ap.*
caber traicion?
Cond. Norabuena.
Blanc. Bien hice en desengañarla.
Cond. Sobrina. *Blanc.* Señor.
Cond Las nuevas
dicen que han de ser sangrías
á pausas, porque es prudencia
no sacar toda la sangre
de un golpe. *Blanc.* La de mis venas
se helaría sin el Conde,
pero con él no hay que tema.
Cond Pues sabed, que el Rey le envia
del Africa á las Fronteras,
al oposito del Moro,
que entra abrasando la tierra
de los Algarves, y ya
por la posta en su defensa
esta tarde ha de partirse.
Blanc. Tú te retiras? no llegas?
qué es esto, dueño adorado?
tú te vales de otra lengua
para explicar tu cuidado,
para decirme tu ausencia?
Cond. Don Lope, llegad, los dos
allá os habed con las quejas
amorosas, que entre amantes
es ignorante el que tercia. *vas.*
Lop. Por no enternecerme, Blanca,
le permití que te diera
la noticia el Condestable
de aquesta precisa ausencia,
por ver qué impresion hacia
en tu semblante esta nueva:
pero ya que reconozco,
que ni te turba, ni altera,
mas antes juzgo que estás
de la despedida nuestra
gustosa, dame los brazos.
Blanc. Esposo. *Lop.* No me detengas,
fingiendo tiernos alhagos,
que es añadir pena á pena:
á Dios, á Dios.
Blanc. Dueño mio,
teneos un instante, y sea
rémora mi voz que os pare
en medio de la violencia,
para que á desatenciones
se opongan industrias cuerdas.
Sin duda que habeis perdido
con el seso la prudencia,
ó mal hallado en las dichas,
solicitais que se pierdan.
De quando acá mis acciones
os dan motivo, ó licencia
á palabras misteriosas,
que á mi respeto se atrevan?
Qué alhagos fingidos son
los que decís, que no encuentra
todo mi exâmen la causa
de vuestra impensada queja?
Hablad, por qué enmudeceis?
qué obscuridades son estas?

Qué oculto enigma os obliga
á demostracion tan nueva?
Todo aquel festivo aplauso
de tanta amante fineza,
tan de improviso ha cesado?
Qué sombra, ó qué nube densa,
desusada se interpuso,
confusamente violenta,
que de mi casto honor puro
hace eclipsar las Estrellas?
Si alguna ilusion, algunas
fantasticas apariencias,
en desayre de mi honor
os turban, ó desalientan,
referidlas, ó matadme,
porque es muerte mas sangrienta
dexarme viva en la duda,
que mortal en la evidencia.
Romped, señor, las prisiones
del silencio, y no parezca
piedad vuestro sufrimiento,
quando es verdad mi inocencia.
Alzad la voz, sepa el mundo
vuestro agravio y mi defensa,
porque calladas injurias
suelen confirmar sospechas.
O vive Dios que yo misma,
(siendo imitacion de aquella
Romana heroica) aplicando
al corazon la sangrienta
daga que ceñis, me mate,
condenándome á la pena,
porque si hay vida que agravia,
haya muerte que defienda.

Lop. El asegurarla importa, *ap.*
porque el uso nos enseña,
que es el corazon humano
un abismo de cautelas;
Ver y Creer es el mayor
desengaño, no se venzan
de sus palabras mis zelos,
hasta apurar la evidencia.
Blanca, mucho tu hermosura
ha debido á mi paciencia,
y mas te sufro de amante,
de lo que esposo debiera:
decirte que son fingidos
tus alhagos, tus finezas,
es que tengo de mí mismo
desconfianza, y no creas
que pueda haber fantasía,
discurso, ilusion, idea,
que no resulte en aplauso
de tu atencion y belleza;
mis zelos, mis desazones,
mis desvios, mis tristezas
se originan de otra causa
superior, no son de aquellas
que con venganza se alaban,
y con castigos se enmiendan.
Qué es pensar de tí! los hombres,
Blanca, como yo no piensan,
porque al que osado intentase
contra mi honor una seña
de agravio, una leve sombra,
un amago, una sospecha,
un indicio, una vislumbre,
una presuncion pequeña,
el corazon le arrancara,
y de mi furia en la hoguera,
en el bolcán de mis iras,
de mi enojo en la sedienta
venganza, le aniquilara,
y en trozos le dividiera,
para que en polvo, en ceniza,
en fuego, en humo, en pavesa,
aun no quedasen señales
de su traicion lisonjera,
de su infame alevosía;
y asi; mas qué he hecho? vuelva
á cobrarse mi delirio;
Jesus, y qué inadvertencia!
Blanca, esposa, dueño mio,
perdoname, que la lengua
arrebatada en afectos,
de imaginaciones necias
se dexó llevar, no estuve
en mí, ciego anduve, llega
de nuevo á enlazar mis brazos,

Blanc. Templaré en ellos mi pena.

Lop. Como tu vivas pagada
de mi amor, nada me inquieta.

Blanc. Como tú vayas seguro
de mi fé, todo me alienta.

Lop. Será preciso hoy partirme.

Blanc. Y preciso que yo muera:

quisiera no ser muger,
dueño mio, en esta empresa,
porque á tu ládo llevaras
todo mi amor en defensa.
Lop. Ya llevo una copia tuya.
Blanc. Dónde?
Lop. En la memoria impresa,
que es la que mas guerra me hace.
Blanc. Paz me ha de ser esa guerra,
porque esperando victorias,
sabré tolerar ausencias.
Lop. Tú lloras? *Blanc.* Este no es llanto,
sino unas señales tiernas
de las lágrimas que encubro,
porque no me anegue en ellas,
pues mas son las detenidas,
que las que mis ojos muestran.
Lop. A Dios, Blanca.
Blanc. A Dios, bien mio.
Lop. Yo estoy sin mi.
Blanc. Yo voy muerta. *vans.*
Beat. Qué dices de esto, Tristan?
Trist. Digo que quien tiene honesta
muger, y zelos la pide,
que era bien que se los diera.
Beat. Ya cesará la ocasion
de tanto enredo y quimera,
pues Leonor se fue á su casa
y mi señora ama, y ella,
sin embargo concertaron,
que pues hay en medio puerta,
sa vean de quando en quando;
y pues ya los zelos cesan,
dime, qué Algarves son estos?
ó qué guerra á que te llevan
mis desdichas? *Trist.* Tú me lloras?
no seas pataratera.
Beat. No he de llorar si te matan?
Trist. No hayas miedo que tal sea,
que como está concertado
el casarnos á la vuelta,
para tal desdicha mia,
querrá Dios que vida tenga.
Beat. Y podré vivir segura
de tu amor en esta ausencia?
ya sabes que soy zelosa.
Trist. Solo de un módo pudiera
asegurar yo tus zelos.
Beat. Pues dime, de qué manera?
Trist. Descasándome contigo
antes que fuese á la guerra.
Beat. Pues ese es remedio?
Trist. Escucha:
para que mejor lo entiendas,
hay en los campos de Tanjer
unos Moros, Beatriz bella,
que se llaman Melioneses.
Beat. Y dime, porque lo sepa,
qué son Moros Melioneses?
Trist. Los que los melones siembran:
estos tales son tan raros,
que aquella noche primera
que se casan, á las novias,
ya que desnudas se acuestan,
en vez de dulces amores,
azotan con unas riendas:
y preguntando la causa
un cautivo de mi tierra,
le dixo un Moro: Christiano,
esto se hace para muestra
de amor y seguridad,
porque la muger no tenga
zelos jamás de el marido,
porque si con tal fiereza
tratan las que mas adoran,
qué harán con las demas hembras?
Con esto las aseguran
de toda vana sospecha,
rubricando á las espaldas
esta carta de creencia.
Beat. Malditos sean los Moros,
y las Moras, que se emplean
en esos bárbaros perros:
á mí azotes, y con riendas?
no me casara en mi vida,
á ser Mora, y me anduviera
Cimarrona por los montes,
como en las Indias las Negras,
quando se van de sus amos:
mal año quien tal sufriera,
desposadas y azotadas,
y desnudas las desuellan?
Trist. Pues tu no ves que es costumbre,
y que lo hacen por fineza?
Beat. Si asi hacen con las mugeres,
qué dexan para las suegras?

Trist. **Las van pasando á cuchillo.**
Beat. Tristan, con esa receta
busque otra, y de mi no trate.
Trist. No pensé que lo sintieras;
Beatriz, si nos desposamos,
serán los brazos las riendas,
porque... *Beat.* Tente, no lo digas.
Trist. Aguarda. *Beat.* Mal año.
Trist. Espera.
Beat. Tristan, no es mejor ginete
el que castiga la yegua.
Trist. Pues quién? *Beat.* El que la regala,
y solo en sus piensos piensa.
Trist. La Beatricilla es un rayo,
y pica como pimienta. *vans.*

Salen Constanza y Leonor.

Const. Ya estás en tu casa. *Leo.* Ahora
que estoy, Constanza, en mi casa,
viviré sin los estorvos
que tanto me embarazaban.
Const. Corrige tus desatinos,
señora, y no temeraria
te arrojes á tan indigna
accion. *Leo.* No me digas nada;
no soy yo quien eso emprende,
sino una pasion tirana,
que sin poder resistirla,
el discurso me avasalla.
Const. En muger ninguna he visto
liviandad tan desusada,
yo me matara á mi mesma
primero: una accion tan baxa
ha de emprender la que es noble?
contra la razon humana
de muger son tus caprichos.
Leo. Yo no puedo mas, Constanza;
si sabes que desde el dia
que hizo Roberto su entrada,
por simpatía de estrellas
le rendí constante el alma,
y que haciéndome tercera
de su amor, finjo que Blanca
le quiere y le corresponde,
y aliento sus esperanzas
falsamente con papeles.
Const. Y le entregaste con maña
de Blanca un retrato. *Leo.* Es cierto,
con fin de lograr mis ansias;
pero si lo sabes, cómo,
mas que nunca, ahora estrañas
mi amoroso precipicio?
Const. Pues porque ahora le llamas
á la posesion, yo temo,
señora, una gran desgracia.
Leo Hoy le avisé que viniese
esta noche á ver á Blanca,
y por la puerta que sale
desde esta mia á su casa,
me pasaré, sin que nadie
me vea, porque las pardas
sombras mi osadía encubran.
Const. Tu resolucion me espanta;
y si Roberto conoce
que tu cautela le engaña?
Leo No hará, que en tal ocasion
el amor ciega á quien ama.
Const. Yo no quiero replicarte;
pero, señora, repara
que de Blanca y de Don Lope
el sagrado honor infamas.
Leo Pues dado que se supiera,
qué piensas tú que importaba?
mi despecho no se funda
solo en amorosas ansias?
Pues conseguido mi intento,
contaré el suceso á Blanca,
ella á Don Lope, y Don Lope
al Rey, que es recto, y con saña
me casará con Roberto
por tan legítima causa,
sabiendo que me es deudor,
de la opinion y la fama;
y si el de Saxonia queda
sin hijos, es cosa clara
que hereda Roberto, y puedo
(si la industria no me engaña)
ser Duquesa de Saxonia,
que es á lo que aspira el alma.
Const. Duquesa? Jesus mil veces,
qué imaginacion tan vana!
loca que tal imagina,
mejor estuviera atada.
Leo. Perderme, ó ganarme espero.
Const. Mira que su sér ultrajas.
Leo. No sé que violencia es esta,
que la resisto y me arrastra!

ust Señora.
. No me aconsejes,
que ningun riesgo acobarda
mi pasion, pues nada teme
una muger arrestada.
Vase, y salen Roberto y Ricardo.
.l Hasta ahora tenia mi esperanza,
Ricardo, puesta en duda.
. Todo el tiempo lo muda.
. La porfia en amor todo lo alcanza.
. Admirado me tiene
tu suerte venturosa,
. la fama y virtud de Blanca hermosa.
. Yo nūca hablé cō Blāca en mis amores
solo Leonor ha sido
de quien he recibido
tan altas esperanzas y favores;
de Leonor, prima suya, es de quien fia
Blanca su amor, rendida á mi porfia.
. Pues é Leonor no puede haber engaño
por interes ninguno.
. Ni yo le he dado alguno,
que me pueda servir de desengaño,
todo nace de Blanca agradecida:
tan mal resiste una muger querida;
quiero ver otra vez lo que me escribe.
Lee. Don Lope se embarca esta tarde, el Campo queda seguro, á las once os aguardo, que la casa se recogerá temprano, y Leonor se fue á la suya.
En los siguientes renglones
me aconseja que me aguarde
y que de este amor oculto
no diga el secreto á nadie;
y pues su manto la noche
va descogiendo los ayres,
y para que duerma el Sol
los llena de obscuridades,
vamonos muy poco á poco
acercando hácia la calle.
. Y á fé que no es corto el trecho.
. Con las damas que pasaren
iremos entreteniendo
el tiempo.
. Es cosa notable
de este Lugar el concurso.
. Ven, Ricardo, cada instante,
me parece un siglo entero;
hoy tendrán fin mis pesares:
qué largas que son las horas
en el relox de un amante!
Vanse, y sale el Condestable como de noche.
Cond. En las palabras que oí
á Don Lope al ausentarse,
no sé que zelosas dudas
reconocí en su semblante,
que me han puesto en confusion,
y á registrar los umbrales
de su casa vengo ahora,
mas que nunca vigilante;
y aunque en Blanca mi sobrina
se están compitiendo iguales
la virtud con la hermosura,
hay muchos necios amantes,
que á pesar de lo que adoran,
de su amor hacen alarde,
y de el recato mas noble
suelen turbar los esmaltes.
Salen por otra puerta el Rey, y Don Nuño, rebozados de noche.
Rey. Solo he de quedar, vete.
Nuñ. Pienso que hay gente en la calle.
Rey. Ya te he dicho que te vayas,
de qué sirve replicarme?
Nuñ. Has de quedar solo aqui?
Rey. Nunca un Rey puede quedarse
solo Don Nuño de Almeyda,
en el valor, y el corage;
yo soy muchos Reyes juntos,
y cada Rey tiene un Angel.
Nuñ. Aguardarte aqui quisiera.
Rey. Vete Nuño, y no me aguardes.
Nuñ. Ya me voy. *Vase.*
Rey. Gente hay aqui:
quién va?
Cond. Un hombre.
Rey En esta calle
no hay mas hombre que yo.
Cond. Y yo,
que de todas pienso echarle.
Rey Traes muchos camaradas
que las espaldas te guarden?
Cond. Si traigo, que mi valor
solo aqui por muchos vale.
Rey. Pues ahora lo veremos.
Cond. Si vereis. *Rey.* La espada saque.

Cond. Señor, vuestra Alteza aquí?
Rey. Quién eres? *Cond.* El Condestable.
Rey. Pues en qué me conociste?
Cond. No solo en la voz y el talle,
si no en el sacar la espada,
que la postura y buen ayre
debeis al primer Maestro,
que es el que teneis delante.
Rey. Qué haceis aquí? *Cond.* Vine á ver
á mi sobrina. *Rey.* Tratadme
verdad, que no se entra en casa
de mugeres principales
á visitar con broqueles,
sino en las que son vulgares.
Cond. Vine á ver, señor, si andaban
por esta calle galanes,
en ausencia de Don Lope.
Rey. Fue celo de vuestra sangre,
y de Don Lope son zelos.
Cond. Celo, y no zelos me traen,
que como Blanca es hermosa,
hay algun necio ignorante,
que eclipsar su honor pretende.
Rey Quién por mi vida? nombradle.
Cond. Roberto, hermano del Duque
de Saxonia. *Rey.* Aquesta tarde
tuve cartas de su hermano,
con mil desengaños, tales,
que por el menor me dice
que de Roberto me guarde,
porque no es hombre seguro,
mañana haré despacharle,
y saldrá de Portugal;
idos á acostar que es tarde,
que yo guardaré estas puertas.
Cond. Permitid que os acompañe.
Rey. Idos con Dios.
Cond. Señor. *Rey.* Basta,
no me enojeis; Condestable.
Cond. No era sin razon la pena
que tenia de ausentarse
Don Lope, el Rey sirve á Blanca,
y enviarle á los Algarves
no ha sido sin gran motivo;
ha Cielos! quiero dexarle,
que no tiene condicion
para que se atreva nadie
á contradecir su gusto.
Rey. Condestable, Condestable.
Cond. Señor. *Rey.* Murmurais por
que yo guarde aquesta calle?
vais zeloso? *Cond.* Yo, señor,
no seré tan ignorante,
que de quien es Sol que alumi
presumiese aquese ultraje.
Rey. Id con Dios.
Cond. Guardeos el Cielo.
Rey Cosa que este imaginase,
que soy hombre, aunque soy
pero aquí no veo á nadie,
todo está en mudo silencio.

Salen Roberto y Ricardo de noche.

Rob. Vete, Ricardo, y no agua
porque no entienda que algun
nuestro amor secreto sabe.
Ric. Bien dices, que no hay peligr
Rob No sé si espere, ó si llame.
Rey. Pero allí diviso á un hombr
veré el intento que trae,
para despues conocerle.
Rob. Un vulto miro distante,
si es hombre, ó es sombra, vo
mas no, que las puertas abren.

Sale Doña Leonor á una puerta que á un lado.

Leo. Entrando en casa de Blanca,
con la prevenida llave
he abierto el postigo: Cielos,
qué temores me combaten!
allí está un hombre: Roberto,
Rob. Hermosa Blanca, tu sales
á abrirme? *Leo.* No hables pal
entra y sigueme. *Rob.* Pues ha
amor por mi. *Leo* En el jardin
podrás mas de espacio hablarme

Vanse los dos y cierran.

Rey. Válgame el Cielo! qué he
esto pudo imaginarse
de Blanca? esto de Roberto?
En muger tan noble cabe
este libre desahogo?
esta alevosía infame?
este injusto atrevimiento?
Tibio anduve en el exâmen,
pues no le ataré los pasos
antes de entrar, y en su sangre

o labé la injusta ofensa
ue á tan leal vasallo se hace;
ero quien juzgar pudiera
ue un tan impensado lance
asase tan de improviso!
a muger! ha hechizo facil!
ué honor puede estar seguro,
i en tí, que eres el esmalte
e sus timbres, torpemente
un puro esplendor manchaste?
Apenas tu esposo, apenas
á empresas nobles se parte,
uando tú en viles empleos
rofanas seguridades:
al la palabra he cumplido
Don Lope, de guardarle
l honor; viven los Cielos,
ue he de vengar este ultraje.
Ha, no pudiera abrir yo
sta puerta? mas las llaves
uestras que traigo siempre
onmigo, he de ver si cabe
de ellas alguna; esta pruebo,
no viene (desdicha grave!)
estotra quiero probar:
vive Dios que mi corage
la hizo venir, ó mi dicha!
la vuelta dió, y abrió facil
la puerta; á Roberto dixo
que al jardin tras ella entrase:
ha vil Roberto! sin duda
que oculto misterio hace,
que llegue á ver tu delito
un Rey para castigarte.
se, y salen Don Lope y Tristan como de noche.
p. No vengo á entrar, sino á ver,
para descansar con esto
de tanto tropel de dudas,
de tanto abismo de incendios.
ist. No ves como todo el sitio
está, señor, hecho un yermo?
Qué es posible que no creas
que es mi señora un portento
de honestidad y recato?
No lo sabe el mundo entero?
no lo publican á voces
sus acciones? Vive el Cielo,
que si me dixeran todos
que era caballo, ó jumento,
que en una caballeriza
pusiera á un pesebre el pecho,
y que si dixeran que era
golondrina, garza, ó cuervo,
que de la torre mas alta
me echara á volar al viento;
dexa aquestos disparates,
por Dios que no seas mas necio
en dar crédito á sospechas.
Lop. Yo vivo, Tristan, muriendo.
Trist. Pues si vienes á tu casa,
di que es amor, y entra dentro,
y pensará mi señora,
que es mas fineza que zelos.
Lop. No pensará, que me ha visto
lleno de asombros y miedos,
estemonos en la calle,
hasta que el Alba del puesto
nos eche, como á la noche
á nuestro retiro. *Trist.* Bueno,
de manera que has venido
por unos vanos recelos,
á ser el galan fantasma.
Sale el Rey, y cierra con llave, y vase apriesa.
Lop. Espera, Tristan, qué es esto?
hombre sale de mi casa,
y la vuelve á cerrar. *Trist.* Quedo,
vive Dios que de ella sale,
y que se va. *Lop.* Ha Caballero,
ha Caballero, á quien digo?
Trist. Hombre, ó demonio.
Rey. Teneos. *Lop.* Cómo tener?
Rey. Es Don Lope?
Lop. Señor, vuestra Alteza? Cielos!
pues vos, señor, en mi casa?
Rey. Yo os obligo, y no os ofendo,
vuestra casa á aguardar vine,
y en ella se entró Roberto
á profanar vuestro honor.
Lop. Pues mi venganza? *Rey.* Teneos,
porque vos ya estais vengado.
Lop. De qué manera? *Rey.* No puedo
con el horror y el asombro
decirlo. *Lop.* Aqui de mi aliento,
y Blanca ha sido culpada?

no me respondeis? qué es esto?
ay de mi infelice! mucho
me decís con el silencio;
dexeme entrar vuestra Alteza
á ver mi casa. *Rey.* Estais ciego?
no basta que os haya dicho
que por vuestro honor he vuelto?
Lop. Si señor; pero matadme,
ó referidme el suceso.
Rey. Despues sabreis el prodigio.
Trist. Si el Rey les dió pan de perro.
Rey. Venid siguiendo mis pasos,
y no apureis el secreto,
hasta que de ello os informe.
Lop. Ya, señor, os voy siguiendo.
Rey. De mi crueldad voy sentido,
todo es confusion mi pecho.
Lop. Estos misterios no alcanzo;
vengado yo? no lo entiendo,
sin duda (ay de mi!) sin duda
que fueron verdad mis zelos:
ó Blanca vil! ha tirana,
que sin matarme me has muerto.

JORNADA TERCERA.

Salen el Rey y Don Lope.

Lop. Proseguid, señor, que absorto
y suspendido:: *Rey* Prim[illegible]
cerrad esa puerta. *Lop* Ya
cerrada está. *Rey* Los secretos
del honor son tan sagrados,
y en mí tienen tanto aprecio,
que á no ser ayre la voz,
los recatara del viento;
y pues de este caso solo
fué mudo testigo el Cielo,
no teneis, no, qué estrañaros
de quanto os fuere diciendo,
que siendo agena la culpa,
estais de la injuria esento.
Dixo en fin Blanca que entrase,
y que la fuese siguiendo,
que en el jardin hablarian,
y á mi, que lo estaba oyendo,
me dexó torpes las manos
la admiracion del acento.
Y aunque quisiera atajar
el insulto, fue tan presto
el cerrar la puerta, que
ni pude, ni tuve tiempo.
Abro con llave maestra
el postigo, y con denuedo,
irritado á la venganza
del injusto atrevimiento,
guio hácia el jardin los pasos;
y junto á un estanque ameno,
que sin pretil, mar se finge
de aquel florido emisferio,
diviso á los dos sentados,
y como Adonis Roberto,
dando tregua á sus fatigas
en el regazo de Venus.
Vióme apenas, quando al pu
se puso en pie, y desenvuelt
sacó la espada animoso,
viniéndose á mí tan fiero
que me hube menester todo,
y duró por algun tiempo
el combate; pues la llama
del enfurecido encuentro
despedida de los filos,
y del eslabon sangriento,
de suerte centelleaba,
que la luz de los haceros
dió motivo á que la plantas
guardan en sus movimientos.
Cansado ya, pues, de tanta
resistencia, ayrado y ciego,
con una punta me arrojo,
y atravesándole el pecho,
cayendo deslumbrado,
bordó de púrpura el suelo.
Suceso fatal! (aqui
os he menester atento:)
á la tragedia, al fracaso
acudió Blanca y Roberto
en las postreras congojas,
con violento lazo estrecho,
quizá juzgando que estaba
con su enemigo riñendo,
la abrazó, de suerte, que
los dos asidos y envueltos,
como estaban junto al margen
del estanque, con los vuelcos
de la trabada discordia,

en el estanque cayeron,
siendo de entrambos su golfo
cristalino monumento;
pues apenas del profundo
cristal los vidrios midieron,
quando su campo espumoso
quedó tranquilo y sereno:
señal que el líquido espacio
les dió sepulcro en su centro,
porque en nieve se apagase
tan vil delito de incendios.
Como Rey, y como amigo
ya por vuestro honor he vuelto,
cumpliendo asi la palabra
que empeñé de defenderos,
ya estais vengado de entrambos.

Lop. Como quien sois habeis hecho.

Rey. Y aunque vos sintais, Don Lope,
el no haber sido instrumento
de esta venganza, no importa,
pues al saberse el suceso,
que ahora está sepultado,
habiendo sido en secreto,
y sabiendo todo el mundo
vuestro gran valor y esfuerzo,
todos juzgarán que vos
honradamente severo,
la mancha de vuestro agravio
labasteis con escarmientos.
Volved en vos, porque juzgo
que despavorido y yerto
me mirais, ahora, ahora
son menester los alientos,
si algo se os ofrece, hablad.

Lop. Señor, quisiera, y no puedo,
pues con lo que referis,
á mi tambien me habeis muerto:
qué es muerta Blanca!

Rey. Ya es muerta:
Don Lope, vos sois discreto,
volved, volved á la empresa,
porque el Baston que os entrego,
ahora está muy glorioso
en vuestra mano, supuesto
que estando sin mancha el brazo,
enseñado á desempeños,
suele llamar por costumbre,
un trofeo á otro trofeo.

Lop. Ha señor, y quantos suelen
enfermar con los remedios!
yo estoy sin honra y sin vida, *ap.*
bien dixe, porque es lo mesmo
estar sin honor, que estar
sin vida: cómo del Cielo
un rayo no se desata,
y me sepulta su incendio?
Vive Dios, que no es posible
que Blanca; mas si lo veo,
si lo exâmino y lo toco,
qué dudo? en qué me detengo,
si es humano Cielo un Rey,
y nunca ha mentido el Cielo?

Rey. No os detengais en discursos,
no os vean aqui, volveos
Don Lope, y dadme los brazos,
que espero en Dios que muy presto
me habeis de volver á ver
triunfante del Agareno.

Lop. Yo voy, señor, á serviros,
y á eternizar con los ecos
de mis suspiros los montes
de Mauritania; y aun creo
que vendrá para mis quejas
todo su creciente estrecho.
Mas qué digo? yo quejarme? *ap.*
yo ofendido, y me enternezco?
afuera, injustas memorias,
viven los sagrados Cielos,
que si volviera á la vida
este hechizo lisonjero,
este aleve monstruo ingrato,
este animado veneno,
que volviera á repetir
en ella el castigo mesmo,
y aun de mayores venganzas
quedará mi honor sediento. *vas.*

Rey. Lastima me ha dado el oirle,
y la que de Blanca tengo
me está traspasando el alma;
nunca tan raro suceso
pude imaginar, mas ya
que toda la noche en peso
se me pasó en aventuras
estrañas, perder el tiempo
fuera error; y pues ya el Alba
me llama con sus reflejos,

á la precisa tarea
del despacho y del gobierno,
(pension con que nace un Rey)
quiero hurtarle un rato al sueño,
y veré estos memoriales.

Sientase y lee.

Don Juan de Avendaño, enfermo,
á vuestra Alteza suplica,
le mande pagar su sueldo
para curarse. Bien pide,
darsele doblado pienso,
porque un Soldado que pone
por su Rey la vida á riesgo,
es bien que se le asegure
con agasajos y premios,
como quien tiene una joya
guardada para un empeño:
en la vida de un Soldado,
tal vez estriva un trofeo,
un Reyno y una Corona,
como de algunos sabemos,
y por eso se les debe
honra, atencion y respeto.
Este es de Don Juan de Castro,
que hace dexacion del puesto
de Virey; varon notable!
pues quando otros con anhelo
aspiran á otros honores,
él hace desprecio de ellos;
tengo de honrar su persona,
de suerte.

Sale Don Nuño.

Nuñ. Señor, qué veo?
vuestra Alteza levantado
tan de mañana?

Rey. El sosiego
me turba un negocio grave,
que me obliga á estar despierto;
qué hay, Nuño?

Nuñ. Que Doña Blanca
de Meneses viene á veros,
y quiere, señor, hablaros.

Rey. Quién decis? que no os entiendo.

Nuñ. La Condesa Doña Blanca.

Rey. Qué Condesa? estais sin seso?

Nuñ. Doña Blanca, ó la muger
de Don Lope, que es lo mesmo.

Rey. Andad con Dios, y informaos,
porque no puede ser esto.

Nuñ. Cómo no? si para entrar
licencia aguarda.

Rey. Qué es esto
qué escucho? á tan raro asombro
se me ha herizado el cabello!
Mirad, Don Nuño de Almeyda,
que será ilusion ó sueño,
porque Doña Blanca:: andad,
miradlo bien.

Nuñ. Miraréle,
que á mi no pudo engañarme
sino es que estoy loco ó ciego. *Vase.*

Rey. Sombras vienen á turbarme
en el seguro silencio
de mi retrete, alterando
la quietud de mis alientos!
qué oculto prodigio es este!
Blanca á verme, quando dexo
en monumentos de espuma
su cristal viviente yerto!
fantásticas ilusiones
se aparecen en el viento
á mis Criados!

Sale Nuñ. Señor. *Rey.* Qué decis?

Nuñ. A decir vuelvo,
que es Doña Blanca, señor,
la que intenta hablaros.

Rey. Cielos,
esta es la primera vez
que se ha asustado mi pecho;
mas yo de qué me acobardo?
no soy el mismo Don Pedro,
en cuyo corazon fuerte
jamas se ha hospedado el miedo?
cómo me turban horrores,
que se asoman á ser miedo?

Nuñ. Qué la diré?

Rey. Decid que entre,
y para mayor respeto,
haced que entre acompañada
de algunos; pero qué temo?
Ola, decid que entre sola.

Nuñ. Asi vendrá. *Rey.* Ya la espero.
Muger, espíritu, ó fantasma
de superior elemento,
que aun imaginada asombras,
ven en idea, ó bosquejo,

ó en ayre, ó como quisieres,
que ya á todo estoy dispuesto.
Sale Doña Blanca.
Blanc. Deme, señor, vuestra Alteza
la mano. *Rey.* Mortal diseño
de aquella muerta hermosura,
que con pavoroso ceño
me asombras, qué es lo que quieres?
Blanc. Yo, señor, á hablaros vengo,
que yo no vengo á asombraros.
Rey. Nunca atemoriza el Cielo
quando está sin nubes: ya
se va cobrando mi aliento; *ap.*
si es verdad, ó fantasia?
si me engañé? si fue sueño?
no, que yo truxe la espada
teñida con sangre; pero
sea lo que fuere, Blanca.
Blanc. Señor.
Rey Proseguid, que atento
os escucho. *Blanc.* Generoso
invictisimo Don Pedro,
cuyas gloriosas hazañas
son admiracion del tiempo:
por vuestro gusto, señor,
se logró mi casamiento;
bien, que para esta ventura
puso mi amor los deseos.
Apenas, pues, treinta Auroras
en el plazo tan estrecho
de la amorosa coyunda
se lograron los trofeos,
quando á Don Lope mi esposo,
por vuestro Real Decreto
mandais que al Africa parta
á gloriosos desempeños;
ayer se ausentó, y quedaron
tan tristes mis pensamientos,
como sin el Sol la rosa,
como sin flor el almendro,
como sin verdor el valle,
como la nieve sin viento,
como sin cristal la fuente,
como el Cielo sin Luceros,
y como sin eco acorde
tocando un ronco instrumento;
que á no valerme del llanto,
(que es el ultimo consuelo
de un infeliz) toda el alma
respirara en cada aliento.
Con esta grave tristeza
me llamó el afan al lecho,
quando de imaginaciones
vencida, quedaron luego
todas mis potencias surtas
en la quietud del silencio:
y en especies mal distintas,
de un profundo horrible sueño,
me pareció que miraba
á mi esposo combatiendo
con los fuertes Africanos,
y que vencido y deshecho
de los Moriscos Alfanges,
victoriosos y soberbios,
ensangrentada la cara,
roto el arnés, y del yelmo
abollado el metal duro,
quedaba en el campo muerto:
cercado de unos cipreses,
que para alumbrar su cuerpo,
con vejetativa llama,
eran blandones funestos.
Desperté toda asustada,
dando voces, acudieron
mis criadas, á quien yo
referí todo el suceso,
dixe que á Leonor llamasen,
mi prima negóse al ruego,
ó porque en casa no estaba,
ó quizá porque Roberto,
para que fuese su esposa,
la traspasó á otro emisferio:
mas no pára aqui el presagio
que me amenaza, sangrientos
infortunios, mas fatales
ocultos prodigios temo:
pues baxando esta mañana
á los jardines amenos,
por ver si en ellos hallaban
alivio mis sentimientos.
Miro desde el verde tronco
de un marmol, hasta el espejo
cristalino de un estanque,
teñido de sangre el suelo;
de cuyo anuncio a altada,
quedé convertida en yelo:

y con estar sin aliño,
sentí herizado el cabello;
con esta afliccion, con esta
congoja, á pediros vengo
que como otra vez piadoso,
deis á mis males remedio,
con permitir que no vaya
mi esposo á la guerra, siendo
vuestra piedad generosa
la que asegure estos riesgos.
Para esta empresa, señor,
en Portugal hay sugetos
de valor, que sabrán daros
este, y mayores trofeos.
El Condestable mi tio
se ofrece para este empeño,
de mi pena enternecido,
u obligado de mis ruegos;
haced que vuelva Don Lope
á mis ojos, que aunque á sueños
no doy crédito, andan juntos
siempre el amor con el miedo.
Nadie podrá como vos
sentenciar, señor el pleyto
de amor, y las ansias tristes
que pasa en ausencia un pecho
que ama firme; pues vos solo
con las finezas y extremos
de amante, y Monarca, disteis
al mundo el mas noble exemplo.
Un Criado por la posta
despaché á Don Lope luego
que el Alba rayó las luces,
para que pusiese freno
á sus determinaciones,
hasta que vuestro decreto,
se rebocase piadoso,
en favor de mis intentos.
Haced esto que os suplico,
así del Príncipe nuestro
Don Dionis, pimpollo heroico,
y hermosísimo renuevo,
veais tan opimos frutos,
que contra el vil Sarraceno,
y á las invencibles Quinas
corone de heroicos hechos.
Rey. Mucho, Blanca, me ha pesado
de vuestro desasosiego,
por lo que quiero á Don Lope,
y á vos estimaros debo;
y pues de Dionis la vida
interponeis para el ruego,
yo haré lo que me pedis.
Blanc. Vuestras Reales plantas beso.
Rey. Levantad, Blanca, y tened
entendido de mi afecto,
que la paz de vuestro esposo,
y vuestra quietud deseo;
y dónde está el Condestable?
Blanc. Señor, para aqueste intento
acompañándome vino.
Rey. Decid que entre.
Sale el Condestable.
Cond. A agradeceros
esa piedad generosa,
señor, solamente vengo.
Rey. En alcance de Don Lope,
Condestable, os partid luego,
á que se vuelva á Lisboa;
y vos con el mismo puesto
proseguireis el viage,
dexando á Don Lope un pliego,
y con un decreto mio,
porque enternecido quiero
hacer este gusto á Blanca.
Cond. Señor, mi agradecimiento,
quando vuelva victorioso
os dirá la fama en ecos.
Rey. Ya, Blanca, vais despachada,
id con Dios.
Blanc. Guardeos el Cielo.
Vanse los dos.
Rey. Válgame Dios! inocente
está esta muger, y siento
haber sido el homicida
de Leonor y de Roberto,
no siendo el agravio tanto
como pensé: que tan ciego
anduviese yo en el lance!
pero en fin, ya el daño es menos
á Don Lope le diré
por menor todo el suceso,
que este es el mas singular,
mas desusado, mas nuevo
engaño que se habrá visto
en los Anales del tiempo.

Vase, y salen Don Lope y Tristan.

Trist. Gracias á Dios que llegamos,
señor, á Aldea Gallega,
y parece que venimos
los dos por mar en carreta,
segun se ha tardado el barco.
Lop. El peso de mis tristezas
colmó las ondas; Tristan,
yo me aparto de la Venta
para no ser conocido
de los pasageros que entran
y salen, entre estos holmos,
que están de la ria cerca,
harás que lleguen las postas.
Trist. Ya, señor, fueron por ellas.
Lop. Playa del mar Lusitano,
del Oriente ilustre puerta,
por donde algun tiempo entraron
victoriosas mis Banderas.
Aguas, quien imaginara,
que el que adornó vuestra esfera
con las Africanas Lunas,
conducidas de mi diestra,
habiendo entrado triunfante
tan ofendido saliera?
Trist. Figones de mis entrañas,
fregatrices Portuguesas,
meninas do barrio alto,
y Saloyas de Odivelas,
quién dixera, quién pensara
que este corazon de piedra,
morrendo de puro amor,
se está faciendo jalea?
Lop. Tambien tú te quejas?
Trist. Son
saüdades de miña terra.
Lop. Si tú te enterneces, siendo
un tronco, qué hará de cera
un alma, á quien el incendio
de amor le consume y quema?
Trist. Hablemos de cosas vivas.
Lop. Yo no puedo, aunque quisiera,
Tristan, olvidar á Blanca;
no has visto hermosa azucena,
que á los rocíos del Alba
borda su candor de perlas?
Pues así juzgo en las aguas
aquella hermosura muerta.
Trist. Yo la juzgo convertida
en rana, en trucha, ó lamprea,
pues segun lo que hemos visto,
ella era muy linda pesca.
Lop. Con esa memoria (ay triste!)
mi agravio otra vez me acuerdas?
Trist. Vuelve en tí, señor, y mira
que hácia aqui gente se acerca.
Lop. Juzgo que serán las postas;
vamos, Tristan.
Trist. Tente, espera,
que este es Brito tu Criado.

Sale Brito de camino.

Brit. Dame (ó Marte de la guerra)
mil veces las plantas. *Lop.* Brito,
cómo es posible que vengas
tan alegre de mi casa?
Brit. Mi señora la Condesa
me envia á saber de tí.
Trist. O qué gentil borrachera!
Lop. Qué Condesa?
Brit. Mi señora
Doña Blanca. *Trist.* Y está muerta;
por Dios, Brito, que sospecho
que habeis cargado en la Venta.
Brit. Yo no os entiendo á los dos.
Trist. Pues quién quereis que lo entienda?
Lop. Qué se dice por Lisboa
(dilo, no tengas vergüenza)
de mi honor?
Brit. Pues qué has perdido,
si aun no has llegado á la guerra,
y te estás con mucha pausa
aqui en Aldea Gallega?
Quando juzgué que estarias
del Algarve en las Fronteras,
esta carta para tí
me dió mi señora mesma;
y por señas que me dixo,
que en tus manos la pusiera.
Lop. Blanca te dió aquesta carta
para mí? *Brit.* Si señor, ella
me la dió. *Lop.* Qué dices, hombre?
Brit. De quién querias que fuera?
yo no sé porque lo estrañas.
Lop. Qué confusiones son estas!
toda mi vida es asombro!
el corazon se me altera;

si es verdad, ó fantasia,
dudoso rompo la nema,
para ver este prodigio.
Trist. Apartate allá, no sea
que se dispare la carta,
y nos rompa la cabeza;
que cartas de la otra vida,
es precisa conseqüencia,
que está loco quien las abre,
porque el diablo es quien las cierra.
Lop. Válgame Dios! qué he mirado?
esta es su firma, y su letra,
exâmino sus renglones.
Trist. Jesus, el cuerpo me tiembla!
tú, Brito, de la otra vida
debes de ser estafeta;
qué hay, Brito, en el otro mundo?
cómo los amigos quedan
que de este siglo pasaron?
con qué tormento atormentan
á los blasfemos, que juran
de continuo sin conciencia?
que hay hombres que sin dos votos
no acaban razon entera.
Brit. Tristan, á los jurdores
les dan á beber por fuerza
plomo derretido.
Trist. Chispas!
mal haya tan malas lenguas.
Brit. Mi amo y tú ya estais locos.
Trist. Pues dime, por qué?
Brit. Por esas
preguntas; hombre del diablo,
qué ves en mí de estrañeza?
yo vengo del otro mundo?
quando de Lisboa apenas
acabo de llegar.
Trist. Hombre,
vete en paz, y aqui me dexa.
Brit. Tristan, mira.
Trist. Arredo vayas,
que hueles á alcarabea.
Lop. Viva es Blanca, Tristan, mira
esta carta, llega, llega,
mira esta letra.
Trist. Señor,
no me mandes que la lea.
Lop. Mirala bien, no es de Blanca?
Trist. Si señor. *Lop.* Oye.
Trist. Comienza.
Lee. *Lop.* *Señor mio, y todo mi bien, tan s alma estoy desde ayer que os fuisteis, q voy á suplicar á su Alteza, que envie e vuestro lugar otra persona, pienso qu irá el Condestable, no os enojeis, que m vale mi vida que la esperanza de la m yor victoria. Vuestra esposa,* Blanca

Trist. Señor, quieres santiguarme?
hay tal engaño, y quimera!
Lop. Dime, Brito, te dió Blanca
aquesta carta?
Brit. No eran
esta mañana las seis,
quando llorando tu ausencia
me la entregó.
Lop. Tú la hablaste?
Brit. Si señor; cómo pudiera
haber fingido esta carta
de su mano y de su letra?
Lop. Sin duda que Blanca vive:
bien está, Brito, en la Venta
te puedes entrar, que luego
has de llevar la respuesta.
Brit. Allí la respuesta aguardo. *vas.*
Lop. Ahora muchas sospechas
á mi discurso se añaden;
cómo, si Blanca no es muerta,
me aseguró el Rey, que él mismo
la vió anegar en las crespas
ondas, de Roberto asida?
Aquesta es clara evidencia
de su engaño, y mi desdicha:
pues con fingida apariencia
de premios y de favores,
quitarme el honor intenta,
pues me estorbó que no entrase
á noche en mi casa; señas
de su engaño artificioso:
cómo cabe en la decencia
de un Rey tan indigna culpa,
si una mortal pasion ciega
no le vendara los ojos?
Ha Rey tirano! ha cautela!
de falso amigo, mi hechos
con un vituperio premias?

Mas pues el Laurel sagrado
de la Corona suprema,
por noble excepcion de todos,
y ley de naturaleza,
le exîme de los castigos,
y libre de la violencia
del rayo de la venganza,
el Cetro le privilegia.
Morirá esta noche Blanca,
pues dando otra vez la vuelta
á Lisboa, cauteloso,
disimulando con ella
alhagos, que la aseguren
de mi venganza sangrienta,
verá el mundo los estragos,
pues de aquesta suerte queda
justificado el castigo,
y mi injuria satisfecha.

Trist. Tú á solas hablas contigo?
tú de Tristan te recelas?
no sé tu vida y milagros,
tus fortunas, tus tragedias?
pues de quando acá recatas
de mis lealtades tus penas?
qué dices?

Lop. Digo, Tristan,
que fue mi desdicha cierta,
que el Rey dexó viva á Blanca,
y para que yo me fuera,
quiso engañarme y librarla,
y zeloso por la cuenta
á Roberto dió la muerte,
porque le encontró con ella
en el jardin.

Trist. A Roberto
matar el Rey? no lo creas,
mañana vendrá otra carta
de su firma y de su letra,
en que te pida prestadas
las mulas para una fiesta.

Lop. Pues quando vivan los dos,
qué honor con Blanca me queda,
saliendo el Rey de mi casa?

Trist. Como estas sombras en pena
andan de noche en Lisboa:
señor, de tu esposa bella
no creas tal liviandad,
que apostaré la cabeza
que todo eso es testimonio,
y que el demonio te tienta
porque si ella.

Lop Calla, calla;
cómo tantas evidencias
pueden faltar?

Trist. Como falta
la luz al Sol, con la densa
nube, y no por eso el Sol
dexa de ser Sol, mi tema
es de defender á Blanca,
y sobre aquesto morena.

Sale el Condestable.

Cond. Aquí está, yo llego á hablarle;
qué buena ocasion es esta!

Lop. Señor.

Cond. No os haga estrañeza
el verme.

Lop. Señor, qué es esto?
adonde va Vuecelencia?

Cond. Lo que sabeis preguntais?
no os pese de que yo venga
en vuestro lugar, sobrino,
porque Blanca, vuestra ausencia
con tanto extremo ha sentido,
que al Rey con lágrimas ruega,
que desde el camino os mande
volver, y es mas noble empresa
el remediar una vida,
que proseguir una guerra.
Yo soy vuestro substituto,
y quando este puesto fuera
mio, yo os le diera á vos,
rendida al Rey la obediencia,
que es piadoso, obedecido,
y resistido, una fiera.
Y no os enojeis con Blanca,
que en fin es esposa vuestra,
y la disculpa el cariño:
la orden del Rey es esta.

Dale un papel

Lop. Ya la obedezco, estimando
el cargo que en vos se emplea:
tomad, señor Condestable,
el Baston, que si otro fuera,
lo tuviera por desayre;
pero siendo á vos, es fuerza
que mi suerte se mejore.

Cond. Esta jornada, esta empresa,
igualmente á entrambos toca,
en mi vuestro aplauso queda,
dadle aqueste gusto á Blanca,
y no estrañeis su fineza,
que en fin es quien es.
Lop. Ya sé
lo que la debo en mi ausencia;
ha tirana! ha monstruo ingrato! *ap.*
Ahora bien, dadme licencia,
y el Cielo os guarde mil años.
Cond. Yo me doy la enhorabuena:
ó lo que se ha de holgar Blanca
de ver que á su casa vuelva!
Vanse, y salen el Rey y Don Nuño.
Nuñ. Pues tú me callas, señor,
tu mal?
Rey. Don Nuño, es desuerte,
que no me diera la muerte
mas pena, ni mas dolor.
Nuñ. Tú puesto en tanto cuidado?
Rey. Nunca con tanta ocasion
la desdicha, ó la razon
me tuvo tan desvelado.
Nuñ. Desde que anoche salí
contigo, y me persuadiste
á que me fuera, estás triste.
Rey. Mal hice en quedarme allí,
que un caso me ha sucedido
tan raro, que á no tener
hecho el uso á padecer,
perdido hubiera el sentido.
Nuñ. A poder yo remediarlo,
solicitára saber::
Rey. Pues no lo doy á entender,
debe de importar callarlo.
Sale Tristan.
Trist. Vive Dios, que á no tener
entrada franca en Palacio,
que no tuviera buen fin
este negocio que traigo. *Llega.*
Señor.
Rey. Qué es esto, Tristan?
Trist. Venir á buscar tu amparo.
Rey. Volvió Don Lope?
Trist. Volvió.
Rey. Sintiólo?
Trist. Es cuento muy largo:
manda, señor, que despejen,
porque es de importancia el caso,
y tengo que hablarte á solas.
Rey. Nuño, despejad el quarto.
Nuñ. Ya, señor, os obedezco:
triste vengo, y admirado. *Vas.*
Trist. Ya, señor, sabe tu Alteza,
como partió despechado
á los Algarves Don Lope,
por aquel suceso estraño
del jardin (que tú no ignoras!)
y conociendo mi amo
que Blanca era muerta, estuvo
de pena desatinado,
quando un criado le advierte
de que vive, duda el caso;
pero llega el Condestable,
que le dexa asegurado
de la verdad: él entonces
se queja de tus engaños,
diciendo, que tu de Blanca
firmemente enamorado,
entraste á noche en su casa,
solamente á hacerle agravio,
se halla de esto ofendido,
y viene determinado
á dar á Blanca la muerte
aquesta noche: á tu brazo,
por soberano, le toca
remediar tan grave daño,
y no muera una inocente
á la ilusion de un engaño.
Llora.
Rey. Pues tú lloras?
Trist. Me enternece
de Blanca este injusto estrago.
Rey. Por esa piedad recibe
este diamante.
Trist. Los años
vivas del Fenix y el Sol.
Rey. De mi atencion al sagrado
se atreven sospechas viles,
quando yo para el reparo
de su honor, depongo el Regio
decoro, solicitando
defenderle? Vive el Cielo,
que mucho mas me ha picado
su desconfianza, que

pudiera el mayor agravio!
ven conmigo.
Trist. Ya te sigo.

Vanse, y salen Don Lope, Doña Blanca, Beatriz, y Criados.

Blanc. No me canso de abrazarte,
Lope mio, y mi señor;
pero qué necio es amor!
que debes tú de cansarte,
no tenga tu enojo parte,
en que yo le haya pedido
al Rey, que compadecido
de mí, te hiciese volver,
porque amor suele poner
mayor ofensa en olvido.
Lop. No puedo dexar de estar
algo enojado contigo,
pues por ser fina conmigo,
me has hecho un grande pesar,
porque el Rey ha de pensar
que yo contigo traté
que le hablases, y tendré
con el Rey mala opinion,
viendo que dexo el Baston
que tanto solicité.
No estará, no, satisfecho;
pero qué se puede hacer,
aunque antes de amanecer
lo ha de quedar de mi pecho;
todo lo posible he hecho
de mi parte, tú el error
á que te ha obligado amor:
los hombres no (no te alteres)
queremos bien las mugeres,
mas mucho mas el honor.
Yo saldré de todo bien,
no te espante el verme así,
pues quando el honor perdí,
gano del Rey el desden;
ahora á los brazos ven,
que ya estoy desenojado.

Abrazanse, y salen el Rey y Tristan.

Blanc. Ya nueva vida he cobrado.
Rey. Tristan, estos son enojos?
Trist. Qué importan alegres ojos,
si hay corazon lastimado?
Rey. Lope, seas bien venido.
Lop. Señor, vos aqui qué exceso
tan grande!
Rey. Aunque á vuestra casa
fue gusto venir á veros,
un aviso que he tenido
aquesta noche me ha puesto
en mayor obligacion:
Blanca.
Blanc. Señor.
Rey. Yo no acierto
á daros el parabien,
hasta el fin de este suceso,
pues tengo que hablar con Lope
en un negocio secreto,
importa que estemos solos.
Blanc. Guarde á V. Alteza el Cielo.

Vase Blanca y las Criadas.

Lop. Sobre ofenderme, me busca
en mi casa el Rey? qué es esto? *ap.*
ya, señor, estamos solos.
Rey. Pues Don Lope, id respondiendo
á lo que yo os preguntare.
Lop. Es preciso obedeceros.
Rey. Si un hombre de vos fiara
su honor, y vos siempre atento,
sin faltar á los primores
de Noble y de Caballero,
menospreciando el peligro,
y haciendo gala del riesgo,
defendieseis en su ausencia
su punto y su casa, haciendo
quanto cabe en lo posible
para dexarle bien puesto,
en la opinion de la fama,
qué merecia este afecto?
Lop. Señor, no hallo igual paga,
que sirva de desempeño.
Rey. Y si el otro, en vez de estar
obligado, loco, ó necio,
sin fundamento ninguno,

mas que un vago pensamiento,
una aprehension, un discurso,
sin ver contrarios efectos,
ni exâminar muchas causas,
publicara, ingrato y ciego,
zelos y desconfianzas
de su amigo verdadero,
qué castigo merecia?
Lop. El mayor de quantos pudo
imaginar.
Rey. Vos qué hicierais?
Lop. Adonde va á parar esto? *ap.*
Rey Responded, no esteis confuso.
Lop Le sacara cuerpo á cuerpo
á campaña, y despicara
con esto mis sentimientos.
Rey. Pues si eso hicierais, sacad
la espada, que el mismo duelo
teneis ahora conmigo;
pues siendo yo el Caballero
de quien vuestro honor fiasteis,
vos negado al justo fuero
de noble, y de bien nacido,
barbaramente grosero,
ingrato pusisteis dolo
en mi atencion y respeto.
Lop. Pues señor, yo á vuestra Alteza,
siendo mi Rey?
Rey. De ese aprecio
no os valgais, disimulando
lo culpado, con lo atento,
que yo para esta venganza
renuncio los privilegios
de ser Rey, que aunque pudiera
castigar el vituperio
de vuestra desconfianza,
con firme absoluto imperio,
quiero que sepais, que yo,
la ventaja deponiendo,
á la igualdad me permito,
porque vea vuestro esfuerzo,
que si como Rey me enojo,
como hombre de bien me vengo.
Lop. Señor, como los indicios
fuerza de verdad tuvieron,
presumi.
Rey. Callad, callad,
y sacad el limpio hacero,
ó por vida de Dionis
mi hijo, y Príncipe vuestro,
que enojado::
Lop Detened
la voz, que ese juramento
me obliga á sacar la espada,
que mi vida importa menos;
mas será para ponerla

Saca la espada, y arrodillase.

á vuestros pies, conociendo,
que contra el Laurel sagrado
no vale el humano aliento.
Rey. Si vale, que la razon
tiene por defensa el Cielo,
con vuestra humildad templáis
mis iras; pero os advierto
que nunca imaginativo,
hasta exâminar lo cierto,
vos mismo por vuestros ojos
deis crédito á pensamientos
fantásticos, y mas quando
son contra el decoro Regio,
que aunque penseis que os ofende;
un Rey no puede ofenderos:
Blanca está sin culpa, yo
testigo soy justiciero,
pues mas que el Sol su honor puro
está dando al mundo exemplo;
y para que conozcais
vuestro engaño, y mi despecho,
no por vos, sino por mi,
pretendo satisfaceros,
pero será necesario
que á vuestro jardin baxemos;
nadie nos siga, Don Lope.
Lop. Si señor.
Rey. Los Jardineros
llamad, para desaguarle,
y porque se vayan luego,
guiad vos.
Lop. Ya voy delante. *vase.*
Rey. Su mismo conocimiento
le ha de servir de castigo,
y á los demas de escarmiento.

Vase, y salen Doña Blanca, Beatriz y Tristan.

Beat. Señora, qué estais mirando?
Blanc. No sé lo que me sospecho:
á qué efecto baxarian
los dos al jardin, supuesto
que han estado hablando á solas?
Beat. Señora, á tomar el fresco,
y á hablar de espacio en las cosas
de la guerra y del gobierno.
Trist. Y á Tristan no dices nada?
Blanc. Qué hay, Tristan?
Trist. Tus plantas beso,
y me holgara de tener
la boca á compas del cuero
de la suela del chapin,
aunque fuera de cien dedos,
para besartelo todo.
Beat. Levanta, Tristan, del suelo:
cómo ha estado Lope en esta
tan breve ausencia de tiempo?
qué decia por tu vida?
Trist. Mil amorosos requiebros.
Blanc. O como saben los hombres
fingir caricias y enredos!
en la cara son traidores,
y en ausencia verdaderos.
Trist. No mucho.
Blanc. Por qué lo dices?
Trist. Yo, señora, acá me entiendo.
Blanc. No, no me dexes dudosa.
Trist. Digolo por un sugeto,
que lo pasara muy mal,
á no haber Rey de por medio,
porque quando al renegado
juegan el amor y zelos,
suele llegar la espadilla,
y no es el Rey de provecho;
pero ya viene un caballo,
que por la posta corriendo
dió aviso al Rey, que perdia
carta blanca todo el juego,
y le cogió atravesado
al hombre, que iba resuelto
á matar la carta falsa;
metióse el Rey de por medio,
con que defendió la polla,
que el otro habia repuesto.
Blanc. Declarate mas, y dime
por menor todo el suceso,
para que todo lo entienda.
Trist. Escucha
aparte.

Salen por la otra puerta el Rey y Don Lope.

Rey. Estais satisfecho?
Lop. Estoy, sin poner mas duda,
por lo que vi satisfecho.
Rey. Pude engañarme?
Lop. Pudisteis.
Rey. Visteis á Leonor?
Lop. Es cierto
que vi aquellos dos prodigios.
Rey. A entrambos por vos he muerto:
Leonor, fingiendo ser Blanca,
quiso engañar á Roberto,
que hoy por un papel sin firma
tuve aviso del suceso:
Don Lope, Ver y Creer.
Lop. Conozco, señor, mis yerros,
y á vuestras plantas rendido
perdon pido.
Rey. Alzad del suelo,
hablad baxo, y no lo entienda
Blanca.
Lop. Yo seré tan cuerdo,
que les daré sepultura
yo mismo, con tal secreto,
que quede limpio mi honor.
Rey. Que abraceis á Blanca os ruego
y la estimeis, como es justo:
Blanca.
Blanc. Señor, qué es aquesto?
Lop. Que mis amorosos brazos
llegan á enlazar tu cuello
segunda vez.
Blanc. Pues qué ha sido?
Lop. La causa te diré luego.

Rey. Y vos, Blanca, recibid
el parabien, de que os vuelvo
á vuestra casa á Don Lope,
porque no os asombre en sueños,
y que le dexo en mi gracia,
con el propio valimiento
que antes tenia; y Don Lope
conozca, que el Rey Don Pedro
jamás á ningun vasallo
hizo agravio, ni ha de hacerlo.
Blanc. Vivais eternas edades.
Lop. Aqui senado discreto,
para que se Vea y Crea,
da fin el raro suceso
del Rey Don Pedro en Lisboa,
perdonad sus desaciertos.

Se hallará esta Comedia, y otras de diferentes Títulos, en Salamanca en la Imprenta de la Sta. Cruz, por D. Francisco de Toxar.